

Beatriz Sarlo

La imaginación técnica

Sueños modernos de la cultura argentina



Nueva Visión

LA RADIO, EL CINE, LA TELEVISIÓN: COMUNICACIÓN A DISTANCIA

La callejuela adoquinada se prolongaba entre bardales muy elevados y casas con persianas rigurosamente cerradas. Algunos patios de ladrillos mojados dejaban escapar una ráfaga de frescura húmeda con aroma a orégano y desde lejos se escuchaba la somnolienta música de una radio taladrada a veces por el agudo canto de un gallo.

Roberto Arlt, *El amor brujo*

De los radioaficionados a las broadcastings

La foto de Ezequiel Paz, director de *La Prensa* y presidente del Radio Club Argentino, ocupa la tapa del primer número, aparecido en enero de 1923, de *Radio Cultura*, la revista-programa de la broadcasting que lleva el mismo nombre, desde su fundación el 29 de mayo de 1922 para cumplir con "el sueño de poder comunicar a todos los habitantes de la República, las más bellas manifestaciones del arte y del pensamiento". La galería de personajes vinculados con la radio sigue en las tapas de los números siguientes. Los nombres: Juan Quevedo, que conversaba por radio con Ezequiel Paz y estaba dispuesto a transmitir desde su casa lo que le pedían por teléfono aquellos que ya se habían comprado un receptor y andaban buscando qué escuchar; el arquitecto Ovidio Carpinacci, tan dispuesto como Quevedo a satisfacer los pedidos: "¡Queremos bailar, señor Carpinacci! ¡Transmita un foxtrot, después unos tanguitos, luego un vals!"; el ingeniero Guillermo Guntsche, autor de un libro de divulgación, *Telefonía sin hilos al alcance del aficionado*, que es desde el principio colaborador de la revista y hace honor a la forma como ésta lo presenta ("joven inteligente y sabio"); el capitán de fragata Luis Orlandini quien, enviado por la Armada a Austria, regresó con la novedad de la radio e impulsó la fundación del Radio Club Argentino; el ingeniero Teodoro Bellocq, "un rico que estudia y se cultiva como un pobre inteligente", poseedor del mejor laboratorio de radiotelefonía del país en su quinta de San Isidro desde donde, en 1914, ya captaba emisiones norteamericanas; el muy joven Ignacio Gómez, director de *Radio Revista*, un ejemplo de laboriosidad para los malcriados "niños bien", a juicio

de los redactores de *Radio Cultura*; Rafael Mastropaolo, primer secretario del Radio Club, cargo que debió abandonar para ocupar la subgerencia de una “casa importante”, seguramente la que lo convirtió en director de una muestra de radio en el Luna-Park; Luis J. Romero, compañero de César Guerrico, Miguel Mujica y Enrique T. Susini en las transmisiones musicales, ya mitológicas, desde el teatro Coliseo; el ingeniero Jorge Duclout, coautor junto con Guntsche de *Telefonía sin hilos*, que seguirá escribiendo sobre el tema ya como director, pocos años después, de *Ciencia Popular*.¹

Todos ellos son miembros y fueron dirigentes del Radio Club Argentino, fundado el 21 de octubre de 1921, cuando (como escriben tres años más tarde) “la radio se hallaba aún en gestación” y nadie podía prever que “su desarrollo fuera tan violento, [y] los hechos se sucedieran con tal rapidez”.²

Si estos pioneros pertenecen a la burguesía y, en algunos casos, a la alta burguesía porteña (algún apellido ilustre se mezcla con hijos de la inmigración ya afincados en la Argentina, segunda generación a la cual las cosas le han ido bien), el movimiento que encabezaron se convierte, casi sin que nadie se dé cuenta del trasvasamiento social, en un fenómeno de masas. Cuando *Radio Cultura* anuncia los veinte mil ejemplares semanales, esta cifra, que podría exagerarse para conseguir avisadores,

¹ Las fotos aparecen en los números 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 14 de *Radio Cultura*.

² R.C.A., *Organo oficial del Radio Club Argentino*, número 1, septiembre de 1924. En el número 3, la nota editorial dedicada al tercer aniversario resume así las etapas de la breve historia de la institución: “Tres etapas caracterizan el desarrollo de nuestra institución: nació, tras una época que con razón llamaron heroica sus precursores, de un puñado de entusiastas, cuando la radio era desconocida por la mayor parte del público; sus propios fundadores se hallaban muy lejos de suponer el interés que en brevísimo plazo había de despertar el prodigioso invento. Con el Club nació, puede decirse, la radio entre nosotros ya que un gran contingente de aficionados se inició en su seno. La institución progresó rápidamente, engrosaron sus filas muchos socios que descaban aprender los secretos de lo que era un misterio para la mayoría, sobre todo en lo que se refería a la construcción de aparatos que se vendían en plaza a precios exorbitantes. [...] La segunda fue provocada por la vulgarización de los circuitos y la disminución de los precios de los materiales al par de que por el hastío que produjo sus efectos en los menos perseverantes y en aquellos a quienes habían seducido en el primer instante la novedad [*sic*]. Se produjo entonces un principio de desmoralización en nuestras filas que si bien no atacó al Club en sus cimientos trajo como consecuencia una campaña de protesta y descontento; se inculpaba a la Comisión Directiva de negligencia en el desempeño de su cometido. [...] Este estado de cosas no duró mucho; la institución había arraigado profundamente desde su nacimiento y el contingente de verdaderos aficionados era lo suficientemente numeroso, para permitirle salir airosa de esta prueba” (R.C.A., número 3). La crisis, de todos modos, no había terminado y en ese y otros números se discuten proyectos sensiblemente diferentes para la institución.

habla, de todas formas, de un público al que, seis meses después del primer número, ya se le puede pedir el pago de veinte centavos semanales por la revista que hasta allí se distribuía gratis.

En septiembre de 1923, las fotos de los prohombres del broadcasting es reemplazada por una escena familiar: la casa de Guillermo Cartagena, situada a 1.300 kilómetros de Buenos Aires (¿en Mendoza, la Patagonia, Salta?). Cartagena es "un cultor de la radiotelefonía" y la foto lo muestra, junto a su esposa y un niño de seis o siete años sentado en el suelo, sobre una alfombrita redonda de retazos; padre y madre, instalados en sillones de mimbre a ambos lados del niño, tienen fijos los ojos en un punto indefinido (y por definición inalcanzable); el niño, igualmente concentrado, mira a la cámara: están escuchando; la señora de Cartagena usa ambos auriculares mientras que Cartagena comparte con el hijo el otro par. Sobre la mesa, un aparato de radio armado seguramente por Cartagena, ya que no tiene mueble y pueden verse las lámparas, los cables que van a los condensadores y bobinas, la esfera de un dial a galena, algunas agujas. La "Radio Cultura" ofrecía dos programas diarios, uno emitido por la estación Palermo (más popular y especializado en bailables), otro por la Sudamérica (conciertos de piezas del repertorio clásico más conocido, interpretadas por maestros y alumnos de los conservatorios porteños, el Trío Radio Cultura y la Orquesta de Radio Sudamérica). Pero, bajo el rubro Radio Sudamérica también se anuncian transmisores, receptores y accesorios, uno de cuyos distribuidores oficiales es Radio Cultura, en sus oficinas de Callao al 600.³ El señor Cartagena, que evidentemente había armado su aparato, formaba parte de un círculo en todos los sentidos: esos primeros años de la radio unían la vocación técnica con el nuevo placer y la excitación de la comunicación a distancia; las revistas y las emisoras constituían una red donde era posible encontrar suministros, consejos, *know-how*, experiencias y dificultades compartidas; los oyentes eran, al mismo tiempo técnicos y, potencialmente, también emisores. Enfrentaban los mismos problemas, se intercambiaban recetas infalibles, se aconsejaban mutuamente.

En 1923, la locura de la radio se alimenta con varias publicaciones, una exposición en el Luna Park y esta red informal de técnicos aficionados. La radio realiza una fantasía donde lo técnico y lo maravilloso se encuentran en el punto en que una antena bien orientada permite escuchar el tango de Pracánico o la versión en violín que la señorita Noacco

³"No olviden ustedes que *Radio Cultura* ha establecido en sus oficinas, Callao 660, Buenos Aires, una exposición permanente de los mejores aparatos que existen y un salón de ventas de todo lo que se relaciona con la Radiotelefonía" (número 33, septiembre 1923).

interpreta de una “berceuse” de Grieg. El circuito se alimenta en las dificultades técnicas solucionadas y en el placer de la recepción: el placer de la recepción es técnico, porque allí el señor Cartagena ha trabajado en sus horas libres, ha leído manuales, mantenido una correspondencia con el correo de lectores de varias revistas, solicitado folletos y catálogos a las casas distribuidoras, comprado por correo las partes de su transmisor, reparado seguramente alguna bobina, desesperado ante una válvula quemada. Entre 15 y 300 pesos se extiende, en los avisos,⁴ el arco de los precios de receptores y partes, pero los aparatos caseros pueden perfeccionarse de a poco y, como aconsejan las revistas, no debe gastarse plata en gabinetes de madera o ebonita, ya que el armador aficionado va a ir modificando la conformación de su receptor casi ininterrumpidamente.

“La familia Ficaseosté atacada” es el epígrafe de una caricatura de tapa en *Radio Revista*.⁵ Son nueve personajes entregados a la locura del bricolage radiofónico. Sobre el respaldo de una silla de paja, el señor Ficaseosté trata de marcar y perforar los agujeros en los que se fijará la base del aparato; con un torno manual ya ha perforado la tabla y el dibujo lo muestra hundiendo la mecha en los cuartos traseros de su perro mientras la vista se ha concentrado en el desastre que su esposa y alguna tía provocaron al volcar un tarro de goma laca con la que estaban fijando el enrollado de una bobina; irresponsables de este percance menor, la señora Ficaseosté y su hermana fueron distraídas por la silla y el cuerpo

⁴ Un anuncio bastante típico, por otra parte, y que se repite con frecuencia en los números de *Radio Revista*: “Este mes oferta excepcional - Un Aparato Receptor completo, compuesto de: 1 panel de ebonita agujereado a su gusto - 1 vario-coupler - 1 condensador variable - 1 juego de ejes para bobina - 60 metros de alambre de 0,50 - 1 réostato para filamento - 1 resistencia de grilla y condensador - 1 condensador para teléfono - 4 enchufes para audición - 6 bornas de bronce para conexión - 2 bornas teléfono - 1 rollito alambre conexión - 6 tornillos con tuerca - 12 terminales - 1 manija selectora - 2 metros tubito goma aisladora. *Todo por 35 pesos*. Si usted quiere armar un buen receptor que responda en capacidad y alcance hágalo con este material y nuestras explicaciones que garantizamos su funcionamiento, atendiendo sus reclamos completamente gratis”. En 1927, *Crítica* publica un artículo con instrucciones para armar un receptor a lámpara por menos de 10 pesos: “Para todos aquellos aficionados que tengan receptor a galena o para cualquier persona que quiera tener radio, ofrecemos este sencillo receptor. Selectividad, alcance, claridad y economía son sus características” (3 de septiembre de 1927). El éxito de este receptor hace que se lo bautice como Radio Crítica, y se sigan publicando notas para perfeccionarlo. Este diario, que ya en 1923 publicó un “Radiodicionario” que desbordaba de instrucciones técnicas, comienza a editar, desde el 1 de agosto de 1927, “La página semanal de radio”, que alterna con un “Pequeño curso de radio”, sin dejar de registrar de manera increíblemente tenaz noticias sobre avances argentinos y extranjeros.

⁵ Número 15, septiembre de 1923.

depositado sobre ella de las niñas Ficascosté, entregadas al enrollado de una bobina con alambre, tarea que realizan tan a conciencia que, roto el alambre por la tensión a la que se lo sometía, ambas niñas están a punto de rodar por el suelo y una de ellas no cae precisamente porque se ha apoyado de golpe sobre su madre provocando la caída del frasco; dos tíos algo menores que el jefe de familia son responsables de los desastres del tercer plano: uno simplemente se acaba de destrozar la mano con el martillo que usaba para clavetear un gabinete de madera; el otro, encargado de llevar los mástiles de la antena a la terraza pero distraído por la batahola reinante, ha enganchado la percha del loro por una punta y roto, con la otra, el espejo del aparador. En primer plano, el gato juega con un audión mientras, más tranquilos, el abuelo y su nieto menor leen *Radio Revista*. Los Ficascosté seguramente visitaron la Exposición de Radio-Comunicaciones del Luna-Park; por lo menos una chica y su hermanito aparecen entre los curiosos que rodean a un falso experto, según otra caricatura del mismo número, quien explica la diferencia entre el audión y la galena ante un público evidentemente de capas medias que inspecciona un impresionante grupo generador para filamentos y placa que alimenta la estación trasmisora de la muestra; están, también, las decenas de stands, cuyos anuncios son los mismos que se publican en las revistas de radio y que difunden las *broadcasts*.⁶ Allí están, seguramente, los aficionados habilidosos, como Domingo Castiñeiras que ha construido un receptor a galena en miniatura, diez veces más pequeño que los teléfonos auriculares; y los aficionados *bricoleurs*, que los apuntes de la Exposición citan con el título "Una serie de cosas raras" debajo de tres dibujos: un mate, un zapato y una jaula convertidos en receptores de radio.

Estas incursiones de los habilidosos imaginativos son registradas no sólo por revistas que se especializan en el tema. En la semana de la Exposición de Radio del Luna-Park, *Crítica*, que difundirá un boletín informativo por el circuito cerrado de la Exposición, anuncia la noticia más sensacional: se transmitirá por vía inalámbrica el encuentro entre Firpo y Dempsey por el campeonato del mundo; la Western Electric ha construido altoparlantes especiales y se abrirá una pista anexa con "cómodos sitios y palcos donde las familias podrán tomar fácil colocación". Pero hay más: un certamen de aficionados, patrocinado por el Radio Club Argentino, donde ya se han recibido "enorme cantidad de

⁶ *Radio Cultura* defiende la transmisión de avisos en sus audiciones como única forma de hacer posible el servicio gratuito a los usuarios y de financiar la revista-programa. Esto, desde su primer número.

aparatos".⁷ Estos imaginativos locales son típicamente *bricoleurs* con una estética miniaturista y *kitsch*:

El minúsculo receptor mide tres centímetros por cuatro, está asentado sobre una base de pino del Brasil, imitación ébano y colocado en un fino estuche forrado en gasa, más parece un objeto superfluo de lujo que un completo captador de ondas electromagnéticas.⁸

Portador de dos pequeños receptores a galena, se nos presentó esta mañana, el joven Vicente Rodríguez Viergol Figueroa. Uno de los aparatos, construido con bastante habilidad, está contenido en una cajilla de las comunes para pastillas de clorato de potasa. El otro... es un precioso anillo de plata. En su parte central, está montado el receptor, que consta de dos enchufes para teléfonos y dos diminutos bornes de toma a tierra y antena. El señor Rodríguez Viergol Figueroa aguzó en tal forma su ingenio que ha realizado un trabajo de joyería, donde no se sabe si admirar más la disposición de los reducidos accesorios o el aparatillo en sí. Con la cajilla y el anillo se han escuchado todas las transmisiones de la metrópoli. Ambos receptores serán exhibidos en la Exposición Internacional de Radio-Comunicaciones que se inaugurará pasado mañana en el local del Luna-Park.⁹

El jovencito Mario Aragone come las nueces y no desdeña las cáscaras. Con ellas construye receptores de radiotelefonía tan eficientes y perfectos como el que reproduce el grabado. Dentro de la cavidad inferior de una cáscara ha montado una pequeña y poderosa estación y con la otra ha confeccionado un excelente estuche. La nuez-estación consta de un detector a galena, de una bobina y de sus correspondientes cuatro bornes, dos para teléfono y dos para antena y toma a tierra. Con este diminuto y original aparatillo se han escuchado todas las estaciones de la metrópoli, especialmente las de aficionados.¹⁰

La radio es la gran maravilla y muchos aficionados, en estos primeros años, tienen una relación en la que el 'saber hacer' potencia el disfrute. Como si las transmisiones no fueran un momento sólo pasivo, sino que la tecnología nueva y muy evidente (sintonizar ya es un hecho técnico en

⁷ *Crítica*, 12 de septiembre de 1923.

⁸ *Crítica*, sección "La voz del aire", 11 de septiembre de 1923.

⁹ *Ibid.*, 12 de septiembre de 1923.

¹⁰ *Ibid.*, 16 de septiembre de 1923. Días después, aparece un ingenioso más práctico que decorativo: ha reemplazado la piedra galena por otro metal logrando resultados superiores (*ibid.*, 20 de septiembre). Este mismo personaje escribe comunicando su supuesto descubrimiento a varias revistas, pero sin especificar cuál ha sido el metal que reemplaza a la galena. Las revistas, desconfiando más que *Crítica*, así se lo señalan.

las condiciones de recepción de esos años) realiza fantasías inscriptas en la literatura de anticipación que se revelaron no como utopías tecnológicas sino como posibilidades que, en pocas décadas, se incorporaron al espacio cotidiano. "No son siete las maravillas del mundo", editorializa *Radio Revista* en 1926,¹¹ ni nos asombran ya el automóvil, el dirigible, las armas mortíferas, el ferrocarril o el transatlántico. Comparada con el automóvil, la radio tiene posibilidades que aún hoy no han sido exploradas, prosigue el articulista.

¿En qué reside este potencial inexplorado y supuestamente infinito? En la naturaleza misma del medio técnico: literalmente, en su carácter fantástico, que materializa hipótesis consideradas hasta entonces ficcionales y 'maravillosas'. Se habla permanentemente del 'milagro' de la radio, y la metáfora más que a una exageración entusiasmada responde a la realización práctica de un mito: comunicarse con lo que no se ve, superar los límites de la materialidad corporal de los sentidos, algo que en la imaginación colectiva se vinculaba a lo para-normal y no a lo meramente científico-técnico. La radio, imaginariamente, tiene un poder relacionado con lo inmaterial: sus ondas son invisibles tanto para quien las emite como para quien las recibe; la traducción de impulsos eléctricos en impulsos sonoros y viceversa no necesita ser conocida en sus reglas para acceder a su disfrute; más aún se puede establecer un corte neto entre el saber científico que hace posible la radio y el saber técnico con el cual se manipulan los elementos que componen los aparatos caseros, el *feeling* con el que se orienta la aguja de la galena o la perpendicular de las antenas, el azar que gobierna el cruce de naturaleza y técnica condicionando la perfección o la imposibilidad de la recepción. El corte neto entre ciencia y tecnología, aunque no sea buscado por las publicaciones especializadas y por los diarios que se esfuerzan en explicar los principios físicos que están en la base de las transmisiones, lo establecen los aficionados. Esto es más que evidente en el Correo de Lectores de todas las publicaciones, donde las inquietudes técnicas disparan la totalidad de las preguntas y las soluciones técnicas son el eje de las respuestas. Se dedican números enteros a los "principiantes"¹² y se considera que parte de los lectores de estas publicaciones, especializadas hasta ser obsesivamente monotemáticas, sólo requieren aquellas indicaciones que les permitan un mejor manejo de sus aparatos, prescindiendo de la idea de construirlos por sí mismos, aunque esta última posibilidad parece extraordinariamente difundida, a juzgar por la cantidad de publicidad destinada al armado casero de receptores. Y la diferencia en los

¹¹ Número 78, agosto de 1926, "Lo que hace falta", por Pablo Iturralde.

¹² Por ejemplo, *Radio Revista*, número 15.

precios de las ofertas de componentes indica un campo amplio donde ejercen su elección aficionados de diferente origen social y medios económicos: desde el laboratorio en las barrancas de San Isidro del ingeniero Bellocq hasta los aparatos armados en la mesa de la cocina con un costo total (excluido los auriculares) de 35 pesos, que podían ser invertidos al ritmo de las quincenas y del tiempo necesario para dominar cada una de las partes en relación con las instrucciones y dibujos de los manuales, cuya venta también se publicita en abundancia junto al precio que no supera el de los libros en rústica de gran circulación popular durante el período.¹³ Están también los avisos clasificados, una sección permanente en *Ciencia Popular*, donde se ofertan aparatos usados, partes, lámparas, y servicios como el de rebobinado. Un *know-how* adquirido en catálogos de venta completa la instrucción que proporcionan las revistas y la sección especializada de algunos diarios que, como *Crítica*, la publican desde comienzos de los años veinte. La moral pionerística de las revistas de radio es, por supuesto, aconsejar la autoconstrucción del receptor, aunque en sus mismas páginas aparecen los avisos de receptores terminados, cuyo precio final duplica el de los autoconstruidos, aunque presentan la ventaja financiera de ser accesibles a través de un crédito en diez o más cuotas.

El pionerismo técnico también es evidente en la orientación de los concursos organizados por las mismas revistas para sus lectores que, por este medio, suelen convertirse en colaboradores, reforzando la idea de una comunidad de intereses en la que no se diferencian drásticamente los dos lados del periodismo técnico (una de las revistas lleva, justamente, el lema: "escrita por y para los aficionados"). La lista de los premiados exhibe la fuerte orientación práctica del jurado y de los concursantes; y no debía esperarse otra cosa.¹⁴ Incluso esta primacía de la técnica sobre la ciencia es teorizada como un rasgo del tipo de saber y de 'saber hacer' que está en juego:

El buen éxito de las transmisiones transatlánticas de aficionados, ha demostrado de una manera palpable la gran eficiencia de las ondas cortas,

¹³ Hay por lo menos cuatro manuales de gran difusión: el de Jorge A. Duclout, el de Duclout y G. Guntsche, el de F. R. Pedraza y el de E. Repetto.

¹⁴ Véase, entre las decenas de ejemplos ya que prácticamente se organiza un concurso detrás de otro, el resultado del concurso de *Radio Revista*, número 20, febrero de 1924. Se otorgaron diez premios: tres para trabajos sobre el empleo de la corriente de alumbrado en la radio (que haría inútiles las monumentales baterías que los equipos exigen hasta ese momento); uno, sobre la construcción, también, de una batería; otro sobre soluciones rápidas para casos de emergencia; los restantes sobre armado de circuitos, receptores y micrófonos.

lo cual hasta ahora estaba en contradicción con las teorías y fórmulas sobre la propagación de las mismas. Una vez más se demuestra el valor técnico de los aficionados, y que en la nueva ciencia de la radio los cálculos y las fórmulas sólo tienen un valor relativo y que sobre todo la práctica y la experimentación es lo que lleva a nuevos descubrimientos. Hace tiempo los gobiernos habían asignado a los aficionados las ondas menores de 200 metros como quien acuerda lo inutilizable y de poco provecho para las radiocomunicaciones. Pero el experimentador infatigable, obligado por leyes severas a no pasar este límite, se ingenió poniendo toda su inteligencia en el perfeccionamiento de los aparatos receptores primero, y luego transmisores a lámparas y de este modo, después de laboriosos ensayos, los aparatos de ondas cortas han llegado a un gran perfeccionamiento.¹⁵

En esto se resume el conflicto de las competencias: dejando de lado el monopolio que los estados ejercen sobre las ondas y su adjudicación, una prerrogativa que el anarquismo espontáneo de los pioneros considera intolerable y sobre la que se vuelve con frecuencia, está la pequeña novela donde se pone en escena el conflicto entre científicos, es decir universitarios no autodidactas, parte de la élite intelectual, y aficionados técnicos, básicamente autodidactas, que aprenden en los manuales y no en las instituciones, con pares y no con maestros, estableciendo relaciones horizontales con los otros aficionados y no relaciones de jerarquía, aun cuando exista una jerarquía definida por la antigüedad en el hobby o la evidente dedicación a tareas públicas que permitan su progreso (como es el caso de la élite más o menos elegante que dirige el Radio Club, aunque esto de ningún modo la coloca al margen de las críticas que las revistas suelen hacerle).¹⁶ El conflicto es clásico: ciencia o técnica. Para formularlo en los términos según los que se manifiesta imaginariamente: ¿quiénes son verdaderamente los impulsores del progreso?, ¿dónde están los obstáculos?

La respuesta se compadece con un esquema populista bastante sencillo: por un lado los gobiernos intervienen donde no deberían, actuando con prejuicio frente a las iniciativas independientes de los pequeños y

¹⁵ Editorial de *Radio Revista*, número 21, marzo de 1924.

¹⁶ Por ejemplo, críticas en relación con la inmovilidad del Radio Club frente a las reglamentaciones que regulan el reconocimiento oficial de una onda a los radioaficionados. Hasta bien entrada la década del veinte, entre las disposiciones oficiales figuraba la de aprobar un examen de código Morse, evidentemente inútil para emitir señales de radio y prueba de un arcaísmo administrativo criticado con justicia por los aficionados que, en este punto y en lo que concierne a petionar con firmeza ante las autoridades, se sintieron muy débilmente representados por las autoridades del Radio Club Argentino. Véase *Radio Revista*, número 78.

poco poderosos, perjudicando sus intereses al subestimar sus capacidades. Pero, por ironía, también los gobiernos ven que sus objetivos pueden ser burlados por la industriosisidad de los aficionados, incluso de los más débiles desde el punto de vista de su capital dinerario o escolar. La adjudicación de las ondas cortas pone en sus manos la relación radiotelefónica con el mundo. Más todavía: ellos han logrado ese resultado demostrando, precisamente, que la ciencia se equivoca y que se equivoca frente a la fuerza repetitiva pero también innovadora de la práctica: es el saber frente al 'saber hacer', el mundo de la cultura institucional contrapuesto a los talleritos de barrio (y alguno que otro taller en las quintas de San Isidro o en cuarteles militares).

La élite del Radio Club, en esta etapa de pionerismo, no aparece como universo social totalmente inaccesible a los aficionados pobres; las actividades organizadas por el Club eran abiertas y, aunque el grabadito que ilustra el *Boletín Oficial* de la institución presenta una especie de club privado a la inglesa, elegante y frecuentado por hombres vestidos de gala como a la salida de un teatro, es imaginable el cruce, *en el éter*, de estos aficionados distinguidos con los veinte mil lectores de las publicaciones especializadas, con sus amigos y familiares. El éter, en esta etapa de las emisiones y recepciones de radio, democratiza; por otra parte las exposiciones que se repiten todos los años, con miles de visitantes, en el Luna-Park, en la Sociedad Rural o en algunos locales céntricos,¹⁷ crean una red de contactos donde el 'saber hacer' de los aficionados de barrio (premia-

¹⁷ Las exposiciones se suceden, al parecer con gran éxito. La de septiembre de 1923, sobre radiotelefonía, es seguida por otra en octubre que tiene como tema las radiocomunicaciones, compuesta no sólo de stands comerciales sino de un temprano recorrido histórico montado por la Dirección de Correos, que expuso el primer teléfono que se conectó en Argentina y el primer telégrafo Morse; un aficionado historiador preparó un 'panorama', bien dentro del gusto de época, "en el que sobre el fondo representando un agreste paisaje, se llevarán a cabo, con la mayor fidelidad, reproducciones de las maneras de comunicarse entre los aborígenes", en contraste con la exhibición preparada por la Unión Telefónica de todos los distintos aparatos utilizados hasta el momento en Argentina, de los que el público podía hacer uso ya que estaban conectados a la red general (*Radio Revista*, número 16, 1923). Las exposiciones se repiten todos los años, con buena cobertura de prensa especializada y no especializada; en la de 1925 participa, junto a la Unión Telefónica y las firmas comerciales, el ejército, con equipos importados pero sobre los cuales, destacan los catálogos, se han introducido con éxito modificaciones locales; el Correo presentó "una línea ferroviaria en pequeña escala, a lo largo de la cual, corren los hilos telegráficos para la remisión de despachos" (*Radio Revista*, noviembre de 1925, donde también se critica el precio de un peso fijado para la entrada, que la publicación considera demasiado alto para muchos de los aficionados). Los catálogos de estas exposiciones son folletos de varias decenas de páginas, donde figuran todas las casas comerciales con sus ofertas, el Radio Club

dos en casi todos los concursos como lo demuestran las direcciones y apellidos con que se los identifica)¹⁸ tiene su peso frente a los miembros de la élite o de la burguesía ilustrada con quienes comparten el hobby de la radio. Este peso es cualitativo (como lo prueban los concursos) y cuantitativo, como puede inferirse de los visitantes a exposiciones y los consumidores de folletos, catálogos y publicaciones periódicas. El impacto de la radio, impacto técnico y moderno, desborda a la élite y es posible afirmar que el centro de gravedad no está en ella.

Los consejos prácticos que se prodigan interminablemente hablan, por otra parte, de un mundo de aficionados que no tienen recursos económicos ilimitados, sino que, por el contrario, están obligados a aprovechar al máximo el reciclaje de materiales y las astucias del bricolage. Al correo de lectores vuelve una pregunta obsesiva sobre cómo recuperar lámparas, bujías, bobinas y audiones (pregunta que el Correo de lectores responde siempre destacando la baja probabilidad de lograrlo). Las notas sobre la transformación de un aparato en otro más potente o perfeccionado, las innumerables explicaciones para la autoconstrucción de partes que podían adquirirse completas en el comercio del ramo (que las publicita permanentemente), el intercambio de noticias sobre ahorro de materiales, sugieren reflexiones en dos sentidos.

Está, por un lado, la moral del artesano-aficionado-*bricoleur*, que es una moral del reciclaje y el aprovechamiento de los desechos, las partes descartadas, lo roto y recompuesto, lo cambiado de función, el arreglo imposible que desafía la inteligencia práctica y la habilidad manual. El éxito, para esta moral, es precisamente obtener los mayores resultados con medios limitados por definición práctica (hay limitaciones tecnológicas y tecnologías inaccesibles al taller hogareño) y por economía simbólica. Por otro lado, en el pequeño taller no hay "de todo": hay, simplemente, lo que hay: piezas que han sido usadas antes, herramientas

Argentino presentando el elenco de los servicios a disposición de sus socios, la lista de varias decenas de ondas de aficionados y de radios formalmente consideradas. Las exposiciones se institucionalizan ya a fines de la década de 1920; *El Mundo* (30 de abril de 1930) se refiere a su éxito como a un acontecimiento anual acostumbrado y subraya que en la del año anterior "la enorme concurrencia de público superó las previsiones que el optimismo de muchos pudo tener"; precisamente, como también informa *El Mundo*, la exposición de 1929 incluyó no sólo radio sino también cinematografía. Según datos de los expositores fue visitada por 80.000 personas (*El Mundo*, 12 de diciembre de 1929).

¹⁸ En las listas de socios del Radio Club Argentino, después de los primeros años, junto a apellidos y direcciones que indican una pertenencia a la burguesía media y alta, comienzan a ser mayoría los aficionados de todos los barrios de Buenos Aires y de muchísimas localidades del interior del país. Pueden consultarse estas listas, publicadas como "de nuevos socios", a partir de 1924 en la revista *R. C. A.*

que no siempre se adecuan del todo a las tareas, un estado permanente de necesidad no angustiada y de precariedad no miserable. Esto es lo que puede leerse en las soluciones que los aficionados intercambian para saltar obstáculos que les son comunes. Los recursos económicos a disposición del aficionado medio (si se lo diferencia de las dos o tres decenas de aficionados de la élite, cuyos apellidos se repiten en las comisiones directivas del Radio Club Argentino) tienen el límite de lo que parece aceptable invertir en un hobby: con siete u ocho pesos se puede cambiar un audión, con ocho o nueve conseguir una válvula, con uno o dos los condensadores. Las cifras no son inaccesibles pero la multiplicación de enseres tampoco es fácil para los sectores medios barriales y los habilidosos populares que se han entregado a la pasión de la radio. Entonces, la economía de dinero potencia la moral ahorrativa del *bricoleur* y del entendido en mecánica por afición. La ideología de los habilidosos y los imaginativos técnicos no se basa en el gasto ilimitado sino en el reciclaje y la recomposición infinitas. Es un *arte del retoque*: cuando el receptor está ya armado, comienzan las dificultades, la antena no se orienta, la galena no responde, el dial no es sensible, se quema alguna lámpara, las válvulas fallan; todo eso aparece en los consejos prácticos y en los pedidos de auxilio de los correos de lectores de diarios y revistas. El mundo del taller hogareño (e incluso del taller artesanal de barrio) es el mundo de los imprevistos y de las soluciones inventadas sobre la marcha. Esta especie de innovación casera fascina tanto a los incluidos en la práctica del hobby como a quienes extraen razones morales para fomentar su ejercicio.

La locura de la radio es, en el sentido de moral social, bien cuerda. No aparece, en las revistas, lo que sin duda está en el anverso de este impulso cultural: la fantasía del inventor afortunado, el batacazo producido por un hallazgo importante, la riqueza y el prestigio cayendo del cielo sobre el habilidoso de barrio. Sin duda, estos temas no son centrales en las revistas especializadas, pero se leen en las visitas a las redacciones de los diarios para promocionar inventos generalmente inverosímiles. Sin embargo, el radioaficionado obsesivo y paciente frecuenta menos esa antesala del delirio que ocupan los fabricantes de aparatos en miniatura, los fundidores de metales, los constructores de hornos y calderas, los inventores de procedimientos químicos. Frente a ellos, el radioaficionado es un habilidoso bien pensante, prolijo y acostumbrado a la larga escucha nocturna en busca de un sonido que viene, por el éter, literal y metafóricamente, desde el más allá. Todo un modelo pedagógico para sectores medios y populares.

Pocos años después de este comienzo que se piensa lleno de energías y de promesas técnicas, el mundo de los aficionados y de las primeras radios se divide por lo menos en dos grandes sectores. Quedan, por un

lado, los radioaficionados, buscadores nocturnos y sistemáticos de los mensajes lanzados al éter por otros aficionados; en este circuito las posibilidades técnicas son similares en el polo de la emisión y el de la recepción; se trata de procesos cuyos extremos pueden pensarse como simétricos y donde la comunicación es de ida y vuelta. Hay fabulosas historias sobre esta simetría, de las que se hacen cargo publicaciones como las del Radio Club Argentino: dos aficionados, los señores Landó y Chescotta, una tarde sintonizaron, de común acuerdo, la transmisión en onda corta de un tercer aficionado que emitía desde Río de Janeiro; como, al parecer, ambos argentinos se interferían mutuamente en la recepción, uno de ellos, sin pensar en las consecuencias, golpeó con un lápiz sobre el panel de su aparato; esos golpes fueron recibidos por su compañero, quien le contestó en código Morse; maravillados frente a esa conversión súbita de aparatos receptores en emisores, ambos se acercaron a los paneles y mantuvieron una conversación. Al hacerse cargo de la historia, el Radio Club¹⁹ saludó esta nueva ocasión en que las habilidades técnicas logran demostrar hechos que todavía la "ciencia" no ha descubierto. Como sea, y por sobre la verosimilitud de la anécdota, lo que muestran estas experiencias (y las que sin lugar a dudas tienen lugar todos los días entre aficionados que poseen aparatos emisores y receptores) es la bipolaridad del circuito de emisión: la práctica técnica no es sólo un momento constructivo, sino también un circuito de enunciación simétrico. A este circuito seguirán perteneciendo los aficionados habilidosos, los armadores y desarmadores de aparatos caseros, los lectores de las viejas y nuevas revistas técnicas.²⁰

Por otro lado, aparece el grupo de los que son solamente oyentes de radio, que han comprado sus aparatos terminados en Casa América o Max Glucksmann y para quienes la radio ya no es un hobby sino un pasatiempo. Se trata del público de las broadcastings, que en los primeros años veinte podían ser empresas también dirigidas por aficionados, como lo demuestran los comienzos de Radio Cultura, que recurre a las colaboraciones de ejecutantes, músicos y recitadores amateurs salidos de los conservatorios, pero que, en muy pocos años, quizás menos de cinco, se convierten en emisoras comerciales y profesionales. En 1928, en Buenos Aires, hay más de catorce empresas con frecuencias comerciales autorizadas y estudios en la zona céntrica, que emiten cotidianamente entre el medio día y la media noche. Entre ellas, la de mayor potencia es

¹⁹ Véase *R. C. A.*, número 11, julio de 1925.

²⁰ Entre las nuevas, *Ciencia Popular*, aparecida en agosto de 1928 y parte de un pequeño emporio de publicaciones técnicas, cuya primera base de lanzamiento fue *Radio Revista*.

la emisora municipal y la LOV.²¹ A este nuevo tipo de radioescucha no técnico, que será la base de una dinámica industria cultural en los años treinta y cuarenta, los diarios le suministran consejos sobre la elección de la programación, y otras explicaciones (“EL ABC de la radio”, en el diario *El Mundo*) que no tienen como objetivo convertirlos en armadores artesanales sino en oyentes enterados de que la audición es producto de una tecnología cuyos principios globales pueden ser entendidos por cualquiera aunque no se aspire a dominarlos.

Este es el punto en que la tecnología se vuelve opaca para sus usuarios, cuando lo maravilloso de la radio, que para el aficionado habilidoso reside en un cruce de disposiciones técnicas y disfrute simbólico, se convierte, fundamentalmente, en un espacio de ensoñación, separado del momento técnico. Los radiómanos (o radiófilos, como prefiere el Radio Club) persisten en sus talleres, pero, junto a ellos, miles de radios en las salitas o en las cocinas marcan el comienzo de una nueva etapa en la que la técnica queda en manos de las broadcastings. Por eso, el debate entre los pioneros de la élite radiolónica, algunos años después, respecto de las verdaderas funciones del Club: las direcciones divergentes indican no sólo el crecimiento cuantitativo de los aficionados sino el de las broadcastings comerciales.²² Lo maravilloso técnico se ha consolidado.

La pantalla plateada y sus alrededores

Llegaremos entonces a la tercera etapa de la evolución que combinará la vista y el sonido en fusión perfecta, y posiblemente en colores. Tendremos

²¹ “Las estaciones de radio han crecido en forma alarmante y hoy contamos con más de catorce empresas que explotan las ondas comercialmente y con varias otras de transmisiones periódicas. Tales empresas de radio broadcastings, se encuentran establecidas en esta ciudad y propalan sus ondas desde las primeras horas de la mañana hasta media noche” (*El Mundo*, 19 de noviembre de 1928). El comentario se explaya sobre las condiciones de emisión de los radios comerciales, que todavía son primitivas: “Actualmente los Estudios constituidos son precarios e improvisados y no cuentan con aislación perfecta. De ahí resulta que a la tarde, cuando el tráfico es denso y los automóviles hacen frecuentemente uso de sus bocinas, se percibe en las transmisiones el sonido claro de los klaxon y cornetas” (*ibíd.*). Por otra parte, en la *Guía de la 2a. Exposición Internacional de Radio, Cinematografía y Fonografía* (realizada en el teatro Opera del 2 al 11 de mayo de 1930), ya se anuncia la constitución de una sociedad corporativa que agrupa a los “broadcasters” comerciales, en las que se autodefinen como “entidades culturales”, y defienden su tarea (posible, según afirman, gracias a la publicidad comercial) en términos de servicio a la comunidad. El presidente de la Asociación es Antonio C. Devoto, y la lista de emisoras radicadas en la Capital Federal o los alrededores llega a 18.

²² “Entre las muchas opiniones recogidas entre nuestros aficionados, algunas

entonces películas parlantes en colores naturales, alcanzado así la representación más aproximada posible de la vida real.

Ciencia Popular (1929)

El cine sonoro y el color son los grandes temas comerciales, técnicos y propagandísticos de la segunda mitad de los años veinte; cuando comienzan a llegar las películas norteamericanas habladas,²³ no sólo los profesionales o los estudios de cine locales, sino también el Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires se sienten en la obligación de opinar sobre la cuestión. Con alguna nerviosidad, en el Concejo Deliberante se presentan dos proyectos para prohibir el cine sonoro a causa de la desocupación que originaría en el gremio de los músicos locales y de la difusión pública de un idioma extranjero. Este reflejo en el que se cruzan, previsiblemente según inevitable destino local, el nacionalismo cultural y los intereses corporativos, origina un rechazo generalizado y la revista de divulgación técnica quizá más importante del período le dedica su editorial:

En esta revista hemos publicado con frecuencia los progresos del film sonoro, porque interesa al público en general; no entraremos a discutir si el público de Buenos Aires prefiere el cine parlante o el mudo, pero indudablemente las buenas películas parlantes han obtenido éxitos sin precedentes en los anales del cine, máxime si se considera que han sido películas en idiomas extranjeros. ¿Por qué entonces oponerse al curso normal del progreso?²⁴

La interrogación es, más que ninguna otra, retórica: el sonoro se anunciaba en las últimas etapas del cine mudo, en primer lugar desde un

merecen especial comentario por lo opuestas entre sí. Mientras unos suponen que el Club debe adquirir una poderosa estación trasmisora, para emitir programas de concierto, etc., otros opinan que su misión estriba en combatir las ya existentes, constituyéndose al propio tiempo en una especie de policía aérea, fiscalizando la transmisión de los aficionados. Algunos desean la constitución de una cooperativa para la adquisición de materiales y aparatos a precios módicos; otros opinan que la misión del Club es de facilitar aparatos a sus afiliados que no los posean, y no faltan los que desean la instalación en nuestro local social de gran cantidad de receptores para escuchar los conciertos diarios" (*R.C.A.*, número 1, 1924) La cuestión del caos de ondas ocupadas, adjudicadas o usurpadas no sólo persiste sino que se agrava con el correr de los años. Véase: "Carta abierta al director de Telégrafos", en *R. C. A.*, número 44, marzo de 1929).

²³ Véase, por ejemplo, su ya masiva presencia en las carteleras porteñas en 1930 en las páginas de avisos de *El Mundo*.

²⁴ *Ciencia Popular*, número 22, mayo de 1930.

punto de vista narrativo y estético.²⁵ Esto, que también vale para los desarrollos técnicos, ya se sabía en Buenos Aires, donde las noticias sobre la llegada del sonoro ocupan a diarios y revistas de divulgación desde mediados de 1920. Ya en 1924, el “fonofilm” suscita una larguísima nota en *Crítica*,²⁶ que transcribe una entrevista, desbordante de explicaciones técnicas, a Lee de Forest, conocido de todos los “aficionados de la sin hilos” por haber inventado la lámpara de tres electrodos, que experimentó desde la Torre Eiffel en 1908 haciendo posible (según el periodista entusiasmado) la radiotelefonía. El método de Forest consiste en la impresión sobre la misma película de las imágenes y los sonidos, una solución técnica que se venía experimentando y que será finalmente la que adopte el cine sonoro industrial. Tres años después, el invento de De Forest llega a la Argentina, traído por la Corporación Argentino-Americana de Films y, en 1924, comienzan los ensayos, en los estudios locales, de la innovación técnica, que plantea, como lo hizo en Hollywood, el conflicto entre la fotogenia y la fonogenia de las stars. Sofía Bozán se somete, al parecer exitosamente, a una prueba, y la revista que publica la noticia la acompaña con una fotografía de un estudio de filmación ambientado escenográficamente en estilo ‘rural-gauchesco’.

La revista es *Ciencia Popular*,²⁷ que, en 1929, produce un film documental de 20 minutos, en 16 mm, sobre la usina de CHADE en Puerto nuevo; el epígrafe que acompaña uno de los fotogramas cita a la vanguardia culta del período (“Un detalle obtenido en la sala de las calderas que más parece una visión de *Metrópolis*”). La idea es integrar una “Cinemateca de Ciencia Popular” y la próxima película tendría como tema una visita a las estaciones de broadcasting de Buenos Aires. Un documentalismo argentino de fines de los veinte resulta fascinante, pero, durante los dos años siguientes, la revista no recupera su proyecto.

Cumple en cambio con una cobertura minuciosa sobre cine, mezclando lo maravilloso técnico y la mitología de Hollywood. Es frecuente que la variedad de géneros periodísticos distribuya sobre la página noticias y datos de diferente carácter: una nota informativa sobre el sonido, junto a “Cómo se hace un film”, complicado seguimiento de las sucesivas etapas desde la planta del algodón cuyas fibras proporcionan el soporte, hasta el preparado de la emulsión y el colocado de la película sensible en la cámara; para terminar con la traducción de gacetillas en una columna de chismes: “El peso de las estrellas”. En este *bric à brac* informativo, las noticias son siempre una promesa de progreso indefinido: el sonoro,

²⁵ Véase al respecto las consideraciones de Rafael Filippelli, en “Imágenes de *Lulu*”, en *Lulú, revista de teoría y técnicas musicales* (Buenos Aires), número 1, agosto de 1991.

²⁶ *Crítica*, 13 de febrero de 1924.

²⁷ Número 3, octubre de 1928.

que recién se está experimentando, ya se presenta como técnica que logrará presentar diferentes planos auditivos organizados en “perspectivas de sonidos” más reales que la vida y más impresionantes; las nuevas cámaras blindadas aparecen muchas veces como ilustración de las notas y, tenazmente, los epígrafes subrayan la función del blindaje para proteger a los micrófonos de los ruidos producidos por los motores que impulsan el chasis de película; los directores, reducidos a silencio en los estudios, indican con gestos qué es lo que esperan de la actuación en lugar de vociferarlo como en los recientes años del cine mudo. Finalmente, la ultramagnificación de la imagen, el *blow-up* que, en poco tiempo, convertirá en pequeña a la proyección en 35 mm: desde el tríptico efectivamente usado por Abel Gance en su *Napoleón* (“proyección triple y sincronizada”) hasta los ensayos de “films sonoros de tamaño supranormal y en relieve”; el uso de negativos de 63 y 70 mm, el procedimiento “Magnafilm” que imprime con lente especial y proyecta como si fuera negativo de 70 mm.²⁸

La heterogeneidad de este material periodístico muestra el estatuto diferente del cine respecto de la radio. En efecto, la sintaxis heteróclita de las notas, que hacen del tema “cine” un cajón de sastre en el que conviven las curiosidades técnicas, las explicaciones sobre procedimientos inaccesibles y la chismografía bobalicona sugerida por los cables extranjeros que traen el reflejo del *star system*, indica que, a diferencia de la radio y otros objetos manipulables por el saber de los amateurs modestos, con el cine se entabla, aun en los contextos más definidamente técnicos, una relación de consumo altamente mitologizante, sólo alterada por las incursiones en la producción y, sobre todo, en la proyección casera de películas, por parte de un puñado de amateurs ricos que, en su mayoría, desaparecen rápidamente de escena en cuanto comienza a consolidarse la industria cinematográfica local.

Sin embargo, todavía en 1930, el cine de aficionados (un hobby, a no dudarlo, inmensamente más caro que el de la radio) tenía la visibilidad suficiente como para que la Asociación Cinematográfica Argentina organizara un concurso.²⁹ Un año antes se informaba sobre la posibilidad, al alcance de quien tuviera un proyector común hogareño, de ver sus películas coloreadas, mediante la adaptación al objetivo ordinario de un filtro de tres colores con una banda de azul, una de rojo y otra de verde. Si bien el uso de este filtro parece poco práctico, la reflexión que acompaña la noticia tiene el tono profético que marca el estilo de esos

²⁸ Los datos abundan en la prensa diaria y en *Ciencia Popular* (prácticamente todos los números de 1929 y 1930).

²⁹ Anunciado en *Crítica*, 28 de octubre de 1930.

años cuando se trata de difundir alguna innovación técnica: naturalmente, el cine en colores es “el porvenir que está comenzando a desalojar el presente”.³⁰ Al dar vuelta la página del diario, se revela el origen de la noticia: se acaba de otorgar, a la Société Française Cinéchromatique, una reválida nacional de una patente extranjera de esas mismas características.

Pero a diferencia de la radio que se expande atravesando las clases sociales, el cine de amateurs queda confinado, como lo frasea *El Mundo*, a “cómodas mansiones”, suficientemente numerosas, sin embargo, como para que Kodak ofrezca el servicio de alquiler de una biblioteca de películas, cortos cómicos y dibujos animados y que los diarios, incluso los de circulación popular, vuelvan al tema con insistencia cada vez que comentan las exposiciones y las novedades importadas por los negocios más conocidos. Si la radio estaba creando no sólo un público, sino (incluso antes que un público) un vasto circuito de aficionados técnicos, el cine prácticamente desde sus comienzos crea una industria y un mundo de espectadores que se relacionan con la técnica cinematográfica sólo de modo imaginario.

Por eso, noticias de este tipo no pueden ser leídas sólo en su directo sentido propagandístico: los avisos construyen, a su vez, un horizonte de imágenes y de deseos aunque no induzcan a la aparición de técnicos caseros. Las razones son bien sencillas, y se apoyan en la diferencia desorbitante de costos y la imposibilidad de producir equipos autoconstruidos.³¹

Se encuentran, de manera excepcional, algunas sugerencias, increíblemente vagas si se las compara con la meticulosidad de las instrucciones sobre radio, de autoconstrucción de una cámara que, retirado el chasis y adosado un sistema de carretes, se convierte en un hipotético proyector. Este *know-how* casero, a diferencia del que tiene como objeto a la radio, es un signo de la importancia del cine en la imaginación del público que ya lo consumía en decenas de salas comerciales, y no un verdadero elenco

³⁰ *El Mundo*, 6 de noviembre de 1929.

³¹ Sólo el costo de una cámara usada, sin la inversión en material sensible y revelado, marca las diferencias: una Kodak llega a los 300 pesos, el precio de un aparato de radio armado de gran lujo. Una Pathé-Baby, usada como la Kodak, a manivela, 50 pesos; otra, con motor a cuerda, 190 pesos. A ello hay que agregarle, obviamente, el proyector, la pantalla, el equipo de luces, la película y el revelado que ya no puede ser casero, etc. Las ofertas aparecen en los “Clasificados” de *Ciencia Popular*, y la repetición de los mismos avisos a lo largo de meses hace pensar que el mercado no era ni remotamente fluido. Al precio de las cámaras y del material sensible (además del proyector) debe agregarse la dificultad de que estos equipos no pueden, como los de radio, ser adquiridos ni mejorados por partes. La tecnología desborda el saber hacer del aficionado.

de instrucciones pensadas para ser llevadas a la práctica. En realidad el artículo es, más bien, una explicación del mecanismo por el cual se imprimen películas a 16 cuadros por segundo, de qué modo funcionan los engranajes para el arrastre del material sensible, por qué debe pulirse completamente la plaqueta sobre la que éste se apoya, cuáles son los motivos que obligan a evitar vibraciones en la cámara, etc. etc. Nada puede, en verdad, construirse a partir de instrucciones que pertenecen al más impreciso universo de la técnica imaginaria. No se trata, entonces, de instrucciones de armado (armar algo a partir de ellas es un desafío casi imposible incluso para los habilidosos locales que ya se han probado en la construcción de una cámara de cajón para tomar fotografías) sino de explicaciones de funcionamiento presentadas *como si* fueran pasos de un trabajo artesanal efectivamente realizable. Alimentan la imaginación y cierto saber técnico sobre el cine, más que el trabajo efectivo en el taller casero.

Sin embargo, sobre el cine, junto con el periodismo clásico que inspira el *star-system* y el parnaso local, hay una abundancia de informaciones que hablan, al mismo tiempo, cruzadas, mezclando los géneros periodísticos, desliziándose de uno a otro, de sus dimensiones técnicas. Inútiles en la práctica material de los aficionados en sus talleres barriales e incluso de los burgueses medios que se han dedicado a la radio y la fotografía, sin embargo, su acumulación prueba su necesidad. Al nuevo público, con quien el periodismo mantiene un diálogo de expectativas producidas y confirmadas, le atrae, *al mismo tiempo*, la dimensión mitológica y la material-técnica del film (no como posibilidad práctica sino como saber). Las fotografías que ilustran una "Visita a los laboratorios de la Casa Valle", presentada por quien fue cronista de cine durante muchas décadas, Chas de Cruz, que dialoga en su recorrido por el laboratorio con el iluminador de decenas de películas argentinas hasta los años sesenta, Alberto Etchebhere, tienen un carácter documental que pertenece al género de la divulgación: los gabinetes de revelado con sus cubetas verticales de mármol, la sección de lavado y viraje, los enormes tambores para el secado de negativos, las tituladoras y moviolas, las impresoras de positivo y, finalmente sí, la imagen que intercala la dimensión mítica: una sala de proyección para directores, actores y personal técnico, con paneles *art déco* en las paredes y sillones de mimbre como los de las ramblas marplatenses o las residencias californianas.³² En suma: la pantalla plateada, espacio de los mitos contemporáneos, pero también la imaginaria visita a los estudios, el pasaje por los *plateaux* de filmación, el *tour* del laboratorio, la moviola y, sobre todo, las mesas de

³² *Ciencia popular*, número 7, febrero de 1929.

trucaje. No hay en la industria lugar para la artesanía (como el que había abierto la radio y, antes, la fotografía). El cine produce un público que mira; construye precisamente una mirada y un modo de ver, desvinculado del 'saber hacer' que ataba a los aficionados de radio a la práctica. El mito del cine no es sólo estético y, por eso, las explicaciones alimentan una imaginación técnica aunque muestren, al mismo tiempo, los límites de saberes y de disposiciones de su nuevo público.

Adivinando el futuro

Si el cine dice permanentemente: "el futuro está entre nosotros", la televisión sustenta una hipótesis reiterada que, sin embargo, todavía no era posible. ¿Por qué los diarios y las revistas insisten, en la última mitad de los años veinte, con el tema de la transmisión, sin hilos, de imágenes a distancia? A juzgar por las noticias, la televisión ya era un hecho: "la televisión es una maravillosa realidad", titula *Crítica* en 1928, y, dos años antes, ya publicaba un suelto triunfal:

El ingeniero E. F. Anderson, consultor de la Radio Corporation of America, anuncia que ha inventado un aparato de televisión para la transmisión inalámbrica de películas cinematográficas.

Dice el ingeniero Anderson que cuando el aparato de su invención haya sido perfeccionado aún más, será posible transmitir, a través del Atlántico, vistas animadas.

El aparato al que se le da el nombre de "televisor", funciona a una velocidad veinte mil veces mayor que la de un aparato de telefotografía y requiere 1/16 de segundo de exposición, mientras que el aparato de telefotografía necesita 20 minutos.

Para proyectar un cuadro sobre una pantalla se necesita un rayo de luz de 300.000 vibraciones por segundo el que es reflejado por 24 espejos rotativos.³³

También ese año, *Crítica* le dedica la tapa a un largo artículo sobre este "último y curioso prodigio de la electricidad", minuciosamente explicado el procedimiento que permite convertir "en realidad una vieja ilusión": desde su laboratorio, el científico británico John Baird envió señales transoceánicas a una estación de onda corta, donde se recibieron en presencia de un periodista de la Associated Press. Las señales no sólo

³³ Respectivamente: *Crítica*, 5 de marzo de 1928 y 16 de diciembre de 1926.

fueron vistas sino también escuchadas en un receptor común de radio: "llegaban en forma de zumbidos musicales, de cadencia irregular cuyas variaciones de tono representaban las ondas y luces que ornaban las caras de las personas cuyas imágenes se transmitieron. Esta experiencia podría llamarse el 'sonido de la visión'."³⁴

La metáfora rodea lo maravilloso técnico de la noticia: no sólo las imágenes se ven, sino que su naturaleza es sonora, lo que las convierte en algo familiar, como ya lo es la radio que proporciona el sustrato analógico para comprender y, sobre todo, volver verosímil la existencia de la televisión. Como sea, tanto los diarios como su público están dispuestos a creer en el nuevo invento y, sobre todo, en su generalización rápida, según la experiencia de lo sucedido con la radio; se quiere creer que la televisión saldrá próximamente del laboratorio y, más aún, que la construcción casera de un aparato es casi un hecho asegurado, ya que todas sus partes, menos una "válvula especial", se encuentran en los negocios del ramo, a pesar de que el costo comercial de lo que se presenta como el primer televisor casero (es decir, transportable fuera del laboratorio) será de 400 dólares.³⁵

Las promesas de la televisión son mayores que las de la radio, como teatro hogareño de la recepción a distancia, pero dos años después del optimismo sensacionalista de *Crítica*, no sólo la televisión no ha llegado sino que en Estados Unidos se discute cuánto tiempo será necesario para un desarrollo que supere la etapa experimental y la convierta en lo que ya es el cine, la radio y el fonógrafo. De todos modos, los plazos son optimistas y nadie piensa que puedan superar los cinco años.³⁶ Es sorprendente la insistencia periodística (que hace suponer la credulidad y el deseo de sus lectores) respecto del próximo advenimiento de la televisión hogareña: algo que cierra el circuito abierto por la radio y que vincula la radio al cine, en un arco que incluye las dos maravillas técnicas del primer tercio del siglo xx. Periodistas y público razonaban, en este caso, por analogía: la implantación de la radio y su control técnico por el mundo de las broadcastings y los aficionados, llevaban a pensar que esto

³⁴ *Crítica*, 9 de febrero de 1928.

³⁵ "Los técnicos que vieron el nuevo aparato, estiman que se lo puede construir por menos de 400 dólares y también afirman que un aficionado práctico lo puede hacer él mismo pues, excepto una válvula especial, los demás artículos se encuentran corrientemente en las casas de radio y en el comercio", *Crítica*, 9 de abril de 1928.

³⁶ *El Mundo*, "La televisión al día", 22 de enero de 1930. La nota, bastante precisa en su definición del principal problema técnico a solucionar (el sincronismo entre las imágenes emitidas y las recibidas), lleva como ilustración una foto de dos centímetros por dos centímetros, tamaño original de la imagen producida por un aparato en los laboratorios norteamericanos de la General Electric.

se repetiría con la transmisión de imágenes a distancia. La realidad, ya en los años cincuenta, iba a demostrar cruelmente el error de esta presuposición de simetría. Mientras tanto, en un nivel no técnico, parecía sencillo pensar que la televisión era la suma de cine y radio, aunque esto no pudiera fundarse en ningún saber.

Pero, incluso donde hay saberes técnicos, en revistas especializadas y en manuales, se habla de la televisión como esa “realidad indiscutible” a la que se refería *Crítica*, llamándola también “telecine”.³⁷ La suma de transmisión a distancia e imagen animada reúne dos desarrollos técnicos que se habían demostrado no sólo perfectamente posibles sino relativamente baratos (en el caso de la radio) o rápidamente difundidos (en el caso de las decenas de cines de Buenos Aires). Nada, que no fuera precisamente la diferencia específica de la televisión, indicaba que esto no podría repetirse en breve.

De inmediato, se hacen ensayos locales, posiblemente impulsados también por la idea de que la guerra de patentes recién había comenzado en el mundo y que los ingenieros argentinos podrían tomar parte en ella.³⁸ Y no sólo los ingenieros sino también el comercio local fantasea con el nuevo gran negocio: a raíz de unos ensayos televisivos presentados en la Exposición Internacional de Radiotelefonía de 1929, se difunde en los comercios de Buenos Aires la oferta de materiales e instrumentos “para tener la televisión en su casa”. Pese al optimismo tecnológico acostumbrado, esta semi-estafa es denunciada por algunas revistas especializadas:

Hemos visto comentado en un diario el anuncio que hizo una firma norteamericana a propósito de un aparato de televisión para el hogar, cuyo costo no sería superior a 100 pesos de nuestra moneda. Como hemos experimentado en nuestro laboratorio la televisión (y seguimos siendo los únicos en haber presentado al público un aparato experimental de esta índole) creemos tener también derecho a exponer nuestro punto de vista. Durante la pasada exposición de radiocomunicaciones del teatro de la Opera, desfilaron cerca de 60.000 personas ante nuestro aparato de televisión, de esas 60.000 había sólo 1.000 que tenían ideas más o menos confusas de la televisión [...] Ahora bien, para mejorar los resultados que obteníamos con ese aparato, era necesario invertir mucho dinero en aparatos costosos, solucionar problemas que matemáticamente, puede demostrarse, no tienen actualmente solución. Anunciar actualmente un

³⁷ *Ciencia Popular*, número 1, agosto de 1928.

³⁸ Dice *Ciencia Popular*, como al pasar: “En las oficina del registro de patentes del mundo entero existen un sinnúmero de proyectos para aparatos televisores; pero ninguno puede considerarse definitivo. Por lo tanto, puede decirse que éste es un problema en cuya resolución pueden tomar parte todos los talentos” (número 1, cit.).

aparato a 100 pesos es buscar incautos para venderles un artefacto inútil...³⁹

Sin embargo, se quiere creer que la televisión ya ha llegado y la misma revista que denuncia el oportunismo del comercio y el optimismo ingenuo de sus propios lectores, había hecho todo lo posible para que ambas reacciones fueran previsibles ya que las advertencias acerca de que todavía transcurrirían algunos años antes de que el sistema alcanzara el desarrollo de la radio, acompañan artículos donde se anuncia el comienzo de la construcción de un aparato en los talleres experimentales de *Ciencia Popular*, lo que le permite declarar, probablemente con entera justicia, que se trata de la primera revista en castellano “que hace experimentos de televisión para beneficio de sus lectores”; y es el director de la revista, Jorge Duclout, de enorme prestigio entre los amateurs locales, quien encara la construcción de un aparato no sólo de recepción sino también de emisión de señales.

En abril de 1929, *Ciencia Popular* publica la foto del ‘televisor’ construido por Duclout. Es un instrumento tosco y recién emergido de la mesa del *bricoleur*: una enorme caja de madera, con un dial reloj en el lado superior y una diminuta ventanita, de dos centímetros de lado, donde aparecen las imágenes, producidas por el disco agujereado, que transforma las ondas de luz en pulsaciones eléctricas de intensidades variables. Las válvulas fotoeléctricas, cuya utilidad los lectores ya conocen, fueron importadas para el proyecto desde Estados Unidos; su función provoca exposiciones sintéticas sobre la naturaleza del átomo y la emisión de electrones por materiales como el litio, el sodio, el rubidio y el potasio, aptos para la producción de este efecto cuando están expuestos a la luz. Las explicaciones mezclan la descripción técnica con la científica, en un discurso bastante más barroco, por las interpolaciones, los resguardos, las aclaraciones, las predicciones y el reconocimiento de límites, que el dedicado habitualmente a la radio. La hipertrofia explicativa pone de manifiesto lo que buena parte del público juzgó un resultado decepcionante, ya que la imagen transmitida era muy borrosa, la distancia entre emisor y trasmisor de sólo un metro (lo que le quitaba la maravilla de la

³⁹ *Ciencia Popular*, número 15, octubre de 1929. *La Nación*, el domingo 19 de mayo de 1929, se había ocupado del aparato construido por Duclout y presentado en la Exposición de la Opera, señalando tanto el carácter primitivo y experimental de la transmisión como el mérito de haber logrado montarla. Los titulares de *Crítica* al respecto son, como corresponde, bastante más sensacionalistas. Como sea, ambos diarios publican fotos del aparato y diagramas de su funcionamiento, que son los mismos que aparecerán en números sucesivos de *Ciencia Popular*.

comunicación *verdaderamente* a distancia), y las imágenes carecían de movimiento (para un público habituado al cine, una ausencia fundamental).⁴⁰

Pese a la desilusión frente a lo que se muestra, que no es lo que fantaseaban las decenas de miles de visitantes al stand especial donde se exhibió el aparato; pese al primitivismo que lo convierte en un casi análogo de la radio; a pesar, también, de la complejidad científica de los principios de la televisión (la radio no había requerido entender tanto: era más un 'saber hacer', un discurso práctico), no deja de hablarse de la televisión, que sintetiza, en esta complejidad discursiva precisamente, la tensión hacia un saber técnico aunque de ese saber se posca más el icono que las disposiciones para manejarlo efectivamente. Lo que Duclout construye es un icono tecnológico, no una máquina a la que pueda exigírsele un rendimiento equivalente al de los miles de aparatos de radio que existían en Buenos Aires. Frente a la eficacia relativamente sencilla de la radio (para la que es suficiente un tallercito barrial y las condiciones del habilidoso imaginativo) y frente a la perfección del cine que, por su costo aunque no necesariamente por su dificultad técnica, expulsa al aficionado y lo convierte en público, la televisión no es ni lo uno ni lo otro. Pero los sintetiza en el futuro: une los dos milagros en uno solo, el de la imagen a distancia, el de la duplicación visual.

Esta televisión primitiva se apoya, como la radio y el cine, en un nuevo efecto mítico: el del *aura tecnológica*, que define a lo maravilloso moderno, donde la desaparición de los "hilos", que eran indispensables al telégrafo y al teléfono,⁴¹ convierte a las transmisiones en una verdadera comunicación *inmaterial*. Las explicaciones técnicas no cierran la brecha entre los comienzos de una tecnología asombrosa y los límites materiales

⁴⁰ La versión más sintética del funcionamiento es la siguiente: "Una lámpara incandescente (de 200 watts en el aparato de demostración de *Ciencia Popular*) ilumina una imagen a transmitir, obteniéndose rayos paralelos por medio del condensador luminoso; la luz pasa únicamente por las partes claras de la imagen y por medio de los lentes se proyecta a foco sobre el disco trasmisor perforado en la forma indicada. Cada destello luminoso que pasa por los agujeros del disco origina en la válvula fotoeléctrica una pequeña variación de corriente, que es aplicada a la reja de una primera lámpara amplificadora por medio de un sistema especial de acoplamiento a resistencia. Estas variaciones son amplificadas sucesivamente por dos lámparas más y llegan a la conexión, donde tienen ya un volumen suficiente como para aplicarlas a un trasmisor de radio (en el lugar del micrófono) e irradiarlas al espacio, o bien (y es el caso que nos ocupa), aplicarlas directamente al amplificador del receptor de televisión.

⁴¹ La transmisión telegráfica de imágenes es objeto de varios artículos (véase, por ejemplo, *Ciencia Popular*, número 4, noviembre de 1928) y tematizada por los diarios de la época como un avance fundamentalmente referido a sus posibilidades periódicas.

que esa tecnología traspasa. Efectivamente, no se trata sólo del progreso en las comunicaciones a distancia, sino de un cambio cualitativo que las libera de los vínculos materiales que unen dos aparatos telefónicos o telegráficos. La televisión, que obviamente es más una promesa o una hipótesis que una realidad, tiene el aura mágica de su inmaterialidad, aunque se apoye pesadamente en aparatos gigantescos y desmesurados respecto de los resultados que producen. Podría decirse que la ausencia de resultados espectaculares refuerza la espectacularidad potencial de la innovación.

Los aficionados a la radio ya habían aprendido un 'saber hacer' relativamente sencillo en el uso de aparatos cuyas partes podían comprarse en varias decenas de comercios y armarse sobre la mesa de una cocina. La radio está, desde un punto de vista técnico aunque no conceptual, ya totalmente incorporada al horizonte cotidiano de saberes. De la televisión, en cambio, se ocupa Duclout, la cumbre técnica de los aficionados, y su parafernalia es impresionante, aunque sus resultados sean ínfimos y las notas deban tematizar la decepción que éstos producen. Cuando se habla de televisión aparecen los átomos, los electrones y metales misteriosos como el selenio: nombres, procesos y saberes que están lejos de la práctica cotidiana del radioaficionado. Eso, sin duda, la vuelve mucho más excitante porque en ella se descubre el verdadero elemento *ficcional* de las nuevas tecnologías, que adquieren un aura en la medida en que, todavía, conservan una distancia respecto de aquello que es posible lograr en casa y con el instrumental que está más o menos al alcance de todo el mundo.

El *aura técnica* es un fenómeno nuevo, que se produce sólo cuando una zona de la tecnología está suficientemente cerca como para que otra parezca alejada e inalcanzable. En este desfase entre lo efectivamente incorporado a la vida cotidiana y lo que sólo es una promesa, se instala la imaginación ficcional a la que le interesan menos las explicaciones detalladas de los procesos que el relato de lo que estos procesos harán posible cuando se los domine por entero. La televisión vuelve a poner una brecha, una extensión a recorrer entre la técnica y sus usuarios: no está todavía aquí del todo, pese a las previsiones más optimistas y, por eso, promete un futuro, en la medida en que corre hacia adelante las expectativas de quienes ya habían incorporado la radio a su usos culturales cotidianos. Al mostrar que hay todavía por delante hechos inimaginables, la televisión se apodera del carácter prodigioso de la radio en sus comienzos que, si bien relativamente recientes, parecían, con justicia, superados por los desarrollos obtenidos y la rapidez de su distribución en la sociedad.

Como sea, la televisión coloca al radioaficionado de nuevo frente al problema de que hay instancias de saber y de 'saber hacer' que desbordan

sus posibilidades técnicas y sus conocimientos. El gigantismo del aparato de televisión construido por Duclout decepciona a muchos, precisamente porque esperaban más, esperaban todo: un cine a distancia, sonido, movimiento, precisión de foco en la imagen, contornos definidos, luminosidad y gran superficie. Todo esto es, por entonces, una promesa que el aparato de Duclout miniaturiza como un tosco borrador inacabado. Sin embargo, en la decepción se esconde el futuro, porque en el espacio de lo que todavía no es posible hay un lugar privilegiado para la fantasía técnica, un horizonte que imanta el deseo y provoca, si no el conocimiento, la *ensoñación*. El pionerismo que había multiplicado los aparatos de radio en muy pocos años, encuentra un límite de saber y de 'saber hacer' en la televisión, pero, por eso precisamente, ella es el imposible presente que aguarda en el futuro posible. Nadie sabía entonces que faltaba casi un cuarto de siglo para su llegada.

El *continuum* fonografía-radio-cine-televisión tiene una base en lo realmente producido y una tensión hacia lo que aún no existe como posibilidad real dentro de los marcos tecnológicos de la época. Uno y otro polo de este *continuum* se necesitan porque lo que todavía no es mantiene abierta la dimensión maravillosa (aurática) de la tecnología, mientras que lo ya posible es el sustento real donde se apoya el uso cotidiano. La locura de la radio sintetiza, en un período muy corto, lo que va ser y lo que ya es posible, dando una prueba de que los deseos y las fantasías tecnológicas son capaces de desbordar eficazmente sobre la vida cotidiana. La lejanía en la que se instala la televisión no contradice esta experiencia, sino que difiere su realización aunque se alimenta de una confianza que hasta entonces no había sido defraudada. Esta mezcla de posibilidades futuras y logros presentes genera una dimensión donde las razones de la técnica refuerzan las expectativas de la imaginación. Y, se sabe, nada hay más fuerte que esa síntesis de horizonte actual y maravilloso por venir, donde la realización de las imaginaciones técnicas parece ya fundada en la experiencia cotidiana, una experiencia, vale la pena subrayarlo, que es inclusiva desde un punto de vista social y democrática por su relativa independencia respecto de los saberes institucionalizados. Los autodidactas y los mecánicos espontáneos están pisando un suelo conocido.

MÉDICOS, CURANDEROS Y VIDENTES

Estas alucinaciones que a veces son imperativas, en muchos casos conducen al crimen, tanto que los doctores Kraff-Ebing (citados por Ingenieros), al dividir los actos delictuosos en los melancólicos dan tres causas que son: sentimientos dolorosos, períodos de ansiedad y fenómenos alucinatorios, y éstos pueden provenir, según Griesinger, a causa de un profundo agotamiento de espíritu o de cuerpo.

Roberto Arlt

El epígrafe se inscribe en el espacio de una psicología fantástica, vieja y nueva, cosida con retazos de espiritismo, hipnotismo y videncia, que acompaña como fantasma al interés popular por la técnica, las curiosidades científicas y los descubrimientos fabulosos. Viejas obsesiones de la cultura tradicional (desde el cuento de "aparecidos" hasta el curanderismo de la campaña) encuentran un nuevo discurso urbano en la teosofía, la parapsicología y la difusión de nociones psicológicas e, incluso, psicoanalíticas.¹ Una mitología nueva, que usa discrecionalmente un léxico que evoca la ciencia, traduce obsesiones tan permanentes como la comunicación con el más allá, la vida después de la muerte, la fuente de la eterna juventud, el deseo de curas milagrosas y la transmisión del pensamiento. Estos temas, preferidos de la imaginación popular no sólo en el siglo xx, se combinan de las maneras más inesperadas con novedades que se presentan como avances de la ciencia, configurando un campo mitológico que va a persistir en la prensa hasta la actualidad. En los años veinte, consolidada una prensa de masas, encuentran un lugar más público que el del relato y las tradiciones orales.

No hay razón para no creer que todo puede ser posible: la rapidez con que ciertas modificaciones técnicas se incorporan en el horizonte de la vida cotidiana refuerza la idea del milagro, que inspira metáforas bien conocidas: el milagro de la electricidad, el milagro de la radio, el milagro del cine... Se trata de lo 'maravilloso moderno', un paisaje cultural donde toda promesa puede realizarse. La radio y la telegrafía sin hilos demues-

¹ Sobre el tema, en especial de la difusión de Freud, véase: Hugo Vezzetti (comp.) *Freud en Buenos Aires; 1910-1939*, Buenos Aires, Puntosur, 1989.

tran espectacularmente que se han superado los obstáculos de la materia y se ha abierto una época donde las percepciones no están sujetas al límite corporal de los sentidos, ni al límite físico de sus extensiones (anteojos, lupas, lentes, telescopios, etc.); cuando sonidos e imágenes se difunden por conductos invisibles e inmateriales, todo un sistema de equivalencias puede edificarse a propósito de otras transmisiones y recepciones a distancia. Además, si los rayos X ya han penetrado dentro del cuerpo de un modo en que antes sólo era posible por la incisión del bisturí o del escalpelo, si el interior del cuerpo puede ser fotografiado volviendo invisible su propia envoltura material, la ciencia pone en escena 'milagros' que autorizan a creer en otros.

Por otra parte, estos cambios han transcurrido en muchos menos años de los que ocupa una vida: los adultos de 1920 pueden recordar una infancia sin luz eléctrica, sin teléfono, sin radio ni cine, ni sofisticados aparatos médicos. Lo que ha sucedido implica un giro tecnológico y científico en sus propias vidas, que se incorpora rápidamente al horizonte cotidiano (nada hay más veloz que una adaptación a los avances técnicos en términos de condiciones de vida) sin que se desvanezca, al mismo tiempo, el sentimiento de lo maravilloso que se ha instalado también en la tecnología hogareña. Los progresos técnicos están allí, miles de aficionados a la mecánica, la radio o el cine, los usan de modo más o menos instruido o indiferentes a toda noción sobre la base científica que los ha hecho posibles. Se sepa o no se sepa por qué las cosas funcionan como funcionan, lo cierto es que cualquiera puede hacerlas funcionar: ha disminuido al mínimo el saber indispensable para entrar en el espacio de las comunicaciones a distancia, del cine o del automotor. Para muchos, lo maravilloso técnico despierta el deseo de conocer las leyes nuevas de un progreso que se impone contradiciendo el sentido común y afirmando viejos mitos (hablar con quien no está ante nosotros, escuchar la voz de alguien que ha muerto, ver una imagen en movimiento, que el propio cuerpo entregue su interior sin perder una gota de sangre); otros se entregan a lo maravilloso técnico sin exigirse una relación de control o de conocimiento. Pero a todos arrastra el vértigo de la novedad, que se piensa como una innovación indefinida y sin límites: porque la radio o el cine ya están aquí, también llegará cualquier otro tipo de comunicación a distancia; si es posible volar, se viajará a la luna en un futuro muy próximo; si el cuerpo puede abrirse ante la luz invisible de los rayos, también se rendirá a otras tecnologías no menos sorprendentes. Cuanto más espectaculares, las aplicaciones técnicas producen una creencia más fuerte en sus posibilidades infinitas de expansión; pero, además, estas nuevas formas de lo nuevo evocan otras formas antiguas: la videncia, la mirada profunda del adivino y el curandero, los milagros (si éstos, los

actuales, suceden, ¿por qué no otros, por menos verosímiles que parecen?).

De modo sólo en apariencia contradictorio, la novedad tecnológica no produce escepticismo respecto de lo maravilloso, lo milagrero o la superstición, sino que se comunica con estos niveles de creencia y de práctica. Si la extensión del progreso técnico es indefinida, puede pensarse un sistema ampliado de equivalencia de posibilidades, según un razonamiento que opera, como mucha ciencia ficción, por analogía:

Ya estamos totalmente familiarizados con la radiodifusión de la música y de la palabra; confiamos en disfrutar dentro de una fecha no muy lejana de la televisión. Pueden hacerse todavía más avances en la ciencia radioeléctrica que contribuyan a hacer más fuertes las ligaduras que unen a los hombres de todos los países. Algunos aseguran que el último y más extraordinario invento será la transmisión directa del pensamiento desde un cerebro maestro a una multitud, por medio de una onda electromagnética de extraordinaria potencia, que transmitirá ideas con la velocidad del relámpago.²

Las fantasías de Huxley, Orwell y Zamiatin tuvieron como hipótesis ficcional precisamente esta posibilidad; el autor del artículo citado teme, tanto como ellos, la realización de esta hipótesis en una realidad futura pero cercana. Pero lo que también se subraya es la posibilidad abierta precisamente por el carácter 'inmaterial' de las transmisiones de radio. En modo retrospectivo, la radio produce condiciones de verosimilitud para las fantasías de videncia y de comunicación inmaterial, incluida la que se originaría en el más allá. Así, la frontera avanzada de lo moderno refuerza, en miles de lectores y de usuarios, no sólo la vocación y el saber técnico, sino la creencia en fenómenos que requieren una capacidad de asombro infinitamente abierta y expansible. La ambigüedad es evidente en el tratamiento que diarios y revistas dan a este tipo de noticias, tanto como en la mezcla de fascinación y denuncia que atraviesa el texto de Roberto Arlt sobre "Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires".

El progreso técnico sustenta nuevas fantasías que existen en paralelo con las destrezas bien concretas necesarias para el manejo de la máquina. Lo maravilloso no retrocede, sino que se reimplanta, construido a partir de otros materiales y de otras experiencias: lo maravilloso ficcionaliza la técnica, el milagro moderno, por una parte; por la otra, permite razonar analógicamente respecto de lo maravilloso arcaico, recolocándolo y, a

²"La transmisión del pensamiento por T.S.H.", por el doctor E. E. Fournier D'Albe, *Ciencia Popular*, número 1, agosto de 1928.

veces, dándole una respetabilidad nueva. Además, viejos conocimientos se reciclan de manera democrática: si el poder hipnótico era ejercido tanto en los consultorios psiquiátricos como en los teatros (y el éxito de Mapelli así lo prueba),³ la técnica que se difunde en diarios y revistas no reconoce límites que no puedan ser atravesados por un amateur dotado de paciencia. Se venden cursos de radio por correspondencia, se ofrecen cursos sistemáticos en diarios como *Crítica* y diccionarios técnicos en varias publicaciones; pero también se ofrecen cursos de autoayuda y autosugestión, o, como en el caso de *Ciencia Popular*, un completo manual de hipnotismo casero publicado en entregas.⁴ En la primera lección se exponen principios generales y, sobre todo, advertencias y consejos: se trata de seguir los pasos en un orden preciso, no proponerse objetivos inalcanzables para un principiante y otros avisos de sentido común. Pero lo importante es la firmeza con que se asegura que, al ser el hipnotismo una técnica (en rigor se lo define como “una rama de la ciencia”), no sólo cualquiera puede adiestrarse en ella, sino que “no es necesario poseer una cultura superior para realizar cosas sorprendentes”. Democratizado así un poder que evoca la inmaterialidad de la magia, en un extremo, o el consultorio psiquiátrico de comienzos de siglo (igualmente inaccesible para los lectores de *Ciencia Popular*) en el otro, aunque nadie se convierta en hipnotizador siguiendo el curso, la publicación de las lecciones otorga la transparencia de lo comunicable a resultados que podrían pensarse producidos por poderes especiales. Al mismo tiempo, el curso aparece en una revista que se ocupa casi exclusivamente de nuevas tecnologías, y el viejo hipnotismo queda reciclado en este marco de modernidad. De un lado y otro, entonces, se borran límites: los milagros técnicos son lo ‘maravilloso moderno’ que proyecta su verosimilitud sobre hechos imposibles presupuestos como posibles o sobre un futuro lejano que aparece casi como continuación inmediata del presente. Además, la técnica que es un ‘saber hacer’ transmisible (como lo demuestran los esfuerzos pedagógicos de diarios y revistas, los cursos por correspondencia, las universidades populares), proyecta su comunicabilidad sobre saberes más misteriosos y anclados en poderes personales que, de un solo golpe, se presentan como una capacidad accesible por medio del ejercicio y la práctica. Todos pueden hipnotizar y de lo que se trata es de que aquellos que lo hacen no engañen, disfrutando un saber perfectamente transmisible, a quienes todavía no se han

³ Véase: Hugo Vezzetti (comp.), *El nacimiento de la psicología en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1988.

⁴ *Ciencia Popular*, números 3 a 7, octubre de 1928 a febrero de 1929. El curso se denomina “experimental” e incluye los rubros de hipnotismo y sugestión.

enterado de esta distribución universal de la capacidad de sugestión. Hay más fuerzas invisibles pero reales de las que conocemos: esta lección de la ciencia tiene una fuerza mítica (y poética) que interpela a casi todo el mundo, y bajo su consigna, se organiza un conjunto de discursos muy dispares en su relación con la experimentación y el conocimiento.

En 1922, *Crítica* traduce un artículo de Flammarion (posiblemente el gran autor best-seller de un largo período, y nuevo converso al espiritismo como el otro gran razonador Arthur Conan Doyle)⁵ sobre “el mundo invisible”. El texto expone una convicción, tan trivial como difícilmente discutible, que legitima todas las fantasías parapsicológicas y espiritistas:

Las fuerzas ignotas son más numerosas que las conocidas, las ciencias están en la aurora de su desarrollo y lo que sabemos representa una minúscula isla en medio del océano de lo desconocido y las apariencias superficiales. Desde hace veinticinco años, los descubrimientos inesperados de la física y del ocultismo nos hacen adivinar la existencia de panoramas inobservados y hoy día accesibles a nuestro espíritu que durante tantos siglos dormía plácidamente recostado sobre la almohada de la indiferencia.⁶

¿Quién está dispuesto a discutir esta generalidad acerca de un universo que todavía no se conoce por completo ni en sus dimensiones espaciales ni en sus propiedades y leyes? Sobre la base de esta afirmación evidente, Flammarion avanza en la defensa de esa dimensión desconocida, empleando para referirse a ella el tono que había sido de la ciencia positiva; se establece así un sistema de equivalencias sencillo: los fenómenos psíquicos deben estudiarse como los físicos, y, dentro de ellos, quedan fuera de toda sospecha las transmisiones de pensamiento que prescindan de vínculos materiales, del mismo modo que la telegrafía sin hilos ya ha probado la posibilidad de comunicarse inmaterialmente a distancia. La analogía le permite desarrollar la posibilidad de que pueda establecerse una comunicación entre muertos y vivos, ya que es indudable que los vivos se comunican entre sí. Los hechos que la ciencia positiva, hace cincuenta años, juzgaba alucinaciones, “la ciencia actual (discurre

⁵ Conan Doyle, además, escribió varios cuentos de ciencia ficción: “The American Tale” (1879), “The Adventure of the Creeping Man” (1903), “The Great Brown Pericord Motor” (1911), “The Horror of the Heights” (1913). Sobre la transmigración y la comunicación parapsicológica en estado hipnótico, “The Great Keinplatz Experiment” (1894). Véase: Charles Waugh y Martin Greenberg (comps.), *The Best Science Fiction of Arthur Conan Doyle*, Southern Illinois University Press, 1981.

⁶ *Crítica*, 21 de mayo de 1922.

Flammarion) comienza a estudiar y a analizar; la ciencia del porvenir los explicará". En esta epistemología analógica se basa la mayoría de las explicaciones 'científicas' de fenómenos extraordinarios; en el camino que se construye a partir de un sistema ampliado de comparaciones se funda una mecánica relativamente sencilla y comprensible que parte de la radio para afirmar la recepción de mensajes desde otras dimensiones temporales y espaciales.

Razonando con Flammarion es posible producir explicaciones analógicas para la mayoría de los fenómenos que los espiritistas presentan en sus mitines y publicaciones, que, por otra parte, se dividen sencillamente (para diarios masivos como *Crítica* y *El Mundo*) en embusteros que fingen ser mediums y verdaderos teóricos o practicantes de la comunicación a distancia: "Personas graves y cultas se han entregado con toda su capacidad y entusiasmo a ahondar en esta misteriosa ciencia".⁷ El espiritismo se practicaba en Buenos Aires por lo menos desde 1877, año en que Angel Scamicchia fundó la sociedad "Constancia", que poco después comenzó a publicar una revista con ese título, de la que sería director el más considerado de los espiritistas argentinos, Cosme Mariño, de quien los diarios porteños publican siempre referencias respetuosas al caracterizarlo como el seguidor rioplatense de las ideas de Alan Kardec. Si esto podría parecer relativamente previsible en el marco de una prensa buscadora de noticias impactantes, más sorprendente es que la Facultad de Filosofía y Letras ofrezca, en 1926, su escenario a un conferencista que refuta las tesis más extremas del espiritismo local e internacional, y denuncia los engaños de los mediums, pero admite la esperanza de que la ciencia algún día logre "esparcir luz sobre tinieblas llenas de misterio". Esas tinieblas, efectivamente, son la base de una psicología fantástica y una parapsicología que razona analógicamente en el discurso de los folletos espiritistas pero no sólo allí. Las noticias internacionales que repercuten en Buenos Aires relatan experiencias parapsicológicas controladas por científicos, aunque por lo general terminan en un escándalo donde se demuestra la superchería o, en el mejor de los casos, la histeria del medium; sin embargo provocan la discusión pública entre científicos, sobre todo a partir de conversiones tan súbitas e inesperadas de figuras célebres como Conan Doyle, y de menciones que tienen la capacidad lexical de evocar instituciones prestigiosas y confiables, como el Instituto Metapsíquico de París o el Congreso Internacional de Ciencias Psíquicas, realizado en la Sorbona en 1927.⁸

⁷ *Crítica*, 7 de marzo de 1925.

⁸ Véase *Crítica*, 28 de septiembre de 1927.

Como sea, en el mismo marco en que se leen progresos técnicos que parecen literalmente imposibles se publican estas noticias, a veces ambiguamente presentadas y, otras, abriendo un interrogante sobre la verdadera naturaleza hasta entonces desconocida de fenómenos que hoy son tan misteriosos como en el siglo XVIII el magnetismo o la electricidad. En este horizonte de discursos se combinan frente a los ojos del público, en un festín de novedades sensacionales, los anuncios de fenómenos inmateriales con la difusión de los principios espiritistas promovidos por las sectas locales (“la obra del espiritismo en la Argentina ha adquirido una seria importancia”).⁹

La gran pregunta que plantean estas notas es sobre el carácter de los factores en juego: si se trata en efecto de fuerzas naturales pero invisibles y hasta hoy desconocidas, pero que pertenecen al orden del magnetismo mineral o la electricidad animal,¹⁰ o son sobrenaturales y “ocasionadas por entidades espirituales”. La cuestión es el control de la experimentación con los mediums, que es el verdadero talón de Aquiles de una ciencia de lo invisible, si tal cosa llegara a ser posible. El tono escéptico se mezcla con la disposición a aceptar por buenas demostraciones dudosas, y la seguridad del control científico de las experiencias de los mediums se repite tanto como el registro de las supercherías. La masa de artículos publicados es tan heterogénea como el origen de las noticias, pero prevalece el efecto general de que algo está sucediendo en esa dimensión poco conocida de las relaciones espirituales, animísticas o astrales; y si abundan las estafas o los autoengaños, también hechos que en la actualidad todavía no pueden explicarse son registrados en algunas experiencias: los fenómenos necesitan de una ciencia que los estudie, tanto para explicarlos como se ha logrado explicar el magnetismo, como para separar las experiencias objetivas de las creencias religiosas, por una parte, y del discurso de los charlatanes por la otra.

Paralelamente, los diarios toman a su cargo la denuncia de las supercherías promovidas por falsos videntes y adivinos, trazando así una línea de diferenciación entre la parapsicología y el espiritismo ‘respectables’ y los farsantes que simulan materializaciones y aseguran comuni-

⁹ *Crítica*, 7 de marzo de 1925; también una larga nota en “*Crítica Magazine*” el 22 de noviembre de 1926. Artículos de este carácter aparecen por lo menos una vez por mes durante toda la década. La teosofía también ocupa muchas veces las columnas del diario y, en abril de 1928, se publica una nota que se extiende por varias páginas explicando sus principios generales, desde un origen alejandrino hasta las escuelas contemporáneas. Nuevamente, en julio de 1930, otra larguísima nota expone las ideas de Blavatsky y sus seguidores locales (los mismos que enfurecieron y fascinaron a Roberto Arlt en “*Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires*”).

¹⁰ *Crítica*, 28 de septiembre de 1927.

carse, previo pago, con los muertos; en esta campaña *Crítica* coincide con las autoridades locales que, a lo largo de 1926 y 27, allanan las viviendas barriales de quienes son considerados meros embaucadores.¹¹ Sin embargo, los mismos diarios también registran sin excesiva ironía la visita de videntes y mediums; en algunos casos, el periodista encargado de la nota se encamiza con el visitante pero otros llegan y las notas siguen apareciendo, en una línea zigzaguente que a menudo revela una credulidad extrema frente al *bric à brac* donde se mezclan experimentos científicos con divagaciones teosóficas, oscilando entre un tribunal popular (el público) y uno de especialistas:

Mis experimentos son sorprendentes —nos expresa el profesor Bernardo— porque ellos llegan a la multitud, sin trucos de ninguna especie. Son las experiencias que sabios como Richet o estudiosos de lo ignoto como el recientemente fallecido escritor Conan Doyle, y en el pasado, el formidable medico francés Charcot, han hecho en las salas de los hospitales o en clínicas médicas. Yo, como mis guías espirituales de la India, las ejecuto ante el público, explicando sus principios científicos. Es que desfilan en mis experiencias, las cosas iniciales que fundamentan las religiones: las que basan toda la Esotérica moderna. Los incrédulos son los primeros que se vuelven mis partidarios. Conforme el público de Buenos Aires conozca estos ensayos científicos, se planteará la controversia en torno a ellos y el interés ha de tener amplia repercusión en los círculos científicos”.¹²

Como el hipnotizador Mapelli, el profesor Bernardo despliega su ciencia en un teatro, donde su medium se convertirá en un cuerpo eléctrico cuyo contacto será suficiente para encender decenas de lámparas o para carbonizar a cualquier ser humano, además de las previsibles demostraciones de hipnotismo y transmisión del pensamiento, que incluyen la famosa secuencia en que alguien del público transmite al medium la orden silenciosa de ejecutar “un tango o una pieza clásica”. El circo hipnótico despliega su fascinación pero, al mismo tiempo, ofrece sus garantías de verdad a los espectadores que estarán en condiciones de controlar todos los aspectos de la experiencia. Sin fracturas, casi en el

¹¹ En 1929, *Crítica* titula: “La ciudad está minada de curanderas, curanderos y adivinas que explotan la credulidad del pueblo” (21 de enero). En *El Mundo*, el 3 de enero de 1930, Roberto Arlt publica una aguafuerte titulada “El hombre de las ciencias ocultas”, captado como uno de los personajes raros pero habituales y característicos de Buenos Aires, en cuya compañía también se encuentra el que “tiene un invento falluto”.

¹² “El profesor Bernardo, con el medium Alfredo de fama mundial, harán sus grandes experiencias científicas de esoterismo e hipnotismo”, *Crítica*, 26 de julio de 1930.

- mismo párrafo, el lector ha pasado de Charcot a las destrezas de feria. Esta contigüidad es una marca del registro periodístico (y probablemente modelado sobre él, popular) de la videncia, las fuerzas parapsicológicas y el hipnotismo, cuyos estatutos son, en verdad, muy diferentes. Sin embargo, en el rubro de las maravillas que ayer no podían ser explicadas por la ciencia y que hoy comenzarían a dilucidarse objetivamente, se agrupa un poco de todo, sin que el periodismo (y posiblemente sus lectores) trazara otra línea de demarcación que la que, tenuemente, separaba la mera superchería de la estafa. En ese cono oscuro pero prometedor de lo maravilloso psicológico, hay lugar para una psicología fantástica que aguarda su explicación racional.

Las curiosidades de la ciencia

En Leningrado, un equipo de sabios le cortó la cabeza a un perro y, manteniendo la circulación extracorpórea de la sangre, habría logrado que esa cabeza siguiera viva. Como en un cuento de ciencia ficción:

En una ocasión la boca quiso abrirse y se notó como si quisiera morder, viéndose las reacciones físicas de un perro irritado, esto cuando se le molestaba mucho. El perro, o mejor dicho, su cabeza decapitada, respondió prácticamente a cada reflejo. [...] Hicieron caer unas gotas sobre la lengua del perro. Inmediatamente la cabeza demostró irritación y la lengua hizo movimientos para expeler la saliva. [...] Golosinas y pedacitos de queso fueron dados al animal, los que salieron por el esófago seccionado, tan pronto como habían sido ingeridos.¹³

Está en cuestión no sólo la posibilidad de implementar esa misma técnica en operaciones que recién tuvieron lugar en la segunda mitad del siglo xx, sino también un interrogante sobre el límite entre la vida y la

¹³ *Ciencia Popular*, número 8, marzo de 1929. En el número 14, de septiembre del mismo año, se publica un artículo cedido a *Ciencia Popular* por *El Día Médico*, donde un sabio ruso explica el modo en que, mediante un bombeador artificial, se implantó la circulación extracorpórea. La cabeza murió a las ocho horas. Aparatos para revivir a los muertos son motivo de varias notas en los años veinte. Por ejemplo: "El invento está basado en el principio de estimular los músculos del corazón, introduciendo una aguja con corriente eléctrica en el corazón durante diez segundos. El inventor citó el caso de una niña que fue resucitada cuando ya se la consideraba muerta. Se espera que el nuevo aparato será de inmensa utilidad en los casos de personas ahogadas" (*Crítica*, 12 de septiembre de 1929).

muerte, y las posibilidades de la resurrección fuera de un marco religioso. Nada impide la fantasía de una vida que continúa más allá de la aparente muerte, cuando el lector se enfrenta a la foto donde el sabio cruza su mirada con la del perro, dos pares de ojos igualmente vivos, como asegura el epígrafe. Preguntas, perfectamente científicas en un espacio, son míticas en otro y es imposible evitar que uno y otro espacio no se contaminen en la comunicación establecida, sobre la plana del diario o de la revista, con los lectores asombrados a quienes se les asegura que, en breve, los problemas técnicos que afectaron este primer experimento serán superados por un perfeccionamiento de la mecánica operatoria.

Si sólo el tiempo es un límite en el progreso científico y la técnica sólo un obstáculo o una palanca del conocimiento, el público, convencido de la inminencia y la inevitabilidad del progreso, se dispone a aceptar todos los 'milagros' que la ciencia vaya alcanzando en su desarrollo. No son inusuales noticias sobre experimentos que evocan la fantasía de la ciencia ficción, impactantes en su transgresión de límites morales y técnicos, como los presentados por H.G. Wells en *La isla del doctor Moreau* a fines del siglo XIX:¹⁴ esos hombres de ciencia que, en el Turquestán soviético, intentarán cruzar monos con hombres para probar un sistema de selección, inspirado en Darwin, por el cual se aceleraría en laboratorio la evolución natural, a través de la fabricación de dos líneas biológicas, la de hombres-monos y la de monos-hombres, concebidos por monas hembras que hayan sido artificialmente fecundadas.¹⁵ Meses antes, los

¹⁴También Horacio Quiroga abre el problema, a comienzos del siglo XX. Véase el capítulo sobre Quiroga en este libro. El impulso fáustico de la ciencia ficción que tematiza estas experiencias ha sido señalado muchas veces por la crítica, así como la imagen del científico que transgrede las leyes naturales y morales. Véase: L. Sprague de Camp y Thomas Clareson, "The Scientist", en P. Warrick, M. Greenberg y H. Olander, *Science Fiction: Contemporary Mythology*, Nueva York, Harper and Row, 1978; y Robert Philmus, *Into the Unknown: The Evolution of Science Fiction from Godwin to Wells*, Berkeley and Los Angeles, 1970, pp. 82 y ss.

¹⁵*Crítica*, 19 de octubre de 1927. La noticia da detalles: "Nueve ejemplares de chimpancés hembras han sido traídos aquí desde el África por el profesor Tobolkin, director del Instituto de Antropología de Moscú. Las monas vivirán en libertad en el gran jardín, cercado por altas rejas, donde el clima, los alimentos y el ambiente se parecerán en todo cuanto sea posible a los lugares de la selva africana donde se criaron [...] Las monas serán fecundadas científicamente, con espermatozoides humanos. Un grupo de hombres de ciencia estudiará el desarrollo de la preñez". A este clima de ciencia ficción pertenecen otras noticias igualmente fascinantes: sobre el sabio austríaco, por ejemplo, que hizo crecer ojos en la cabeza de ratas subterráneas que carecían de ellos (*Crítica*, 30 de marzo de 1924). También se asegura que "no está lejano el día en que la ciencia descubra la manera de que un matrimonio pueda engendrar a voluntad el sexo de su descendencia" (*ibíd.*, 21 de enero de 1925).

lectores del mismo diario enfrentan la maravillosa y perturbadora novedad de que se ha logrado fabricar vida en un laboratorio químico de Berkeley, California. Si esta noticia ofrece un aspecto médico más respetable tanto en la descripción de la experiencia como en el hecho de que la manipulación genética no tiene como objeto la producción de seres semi-humanos, de todas formas, el efecto ficcional es igualmente intenso.¹⁶ Todo parece posible para una ciencia abierta a la dimensión fáustica que interpela a la imaginación ficcional o filosófica. Por primera vez, un público de masas tiene ante sus ojos milagros que no provienen de la esfera mítico-religiosa, sino que realizan, en un espacio presentado como científico, exploraciones perturbadoras que traspasan límites a los cuales sólo se habían acercado la magia o la ficción fantástica. Poco importa que estas novedades de la ciencia se revelen efectivamente posibles: nadie controla su verosimilitud (que es diferente según difieren los experimentos). Son, más bien, productoras puras de una ilusión de milagro moderno que hace de la ciencia un espacio 'interesante' no sólo para el público letrado. La ciencia se conecta con preguntas y deseos sobre el origen de la vida y la potencialidad creadora: lo que perteneció a los dioses, comienza a ser manejado por los hombres.

Las curas milagrosas del curanderismo, la religión y la magia habían llegado tan lejos como ahora la ciencia. El golem de los sabios soviéticos, cruza terrible de mono con hombre, coloca muy lejos el horizonte de lo posible y, en lugar de debilitar, refuerza las condiciones de credibilidad de la ciencia que se presenta para realizar aquello en lo que habían soñado (y fracasado) los sabios y los magos. La ciencia asegura no sólo un progreso ciertamente espectacular en la vida cotidiana, sino literalmente su opuesto: un horizonte de sucesos casi sobrenaturales, entre los que parece difícil dirimir entre sensacionalismo y objetividad. Por cierto, para ejercer su hechizo sobre la imaginación colectiva esto carece de importancia. La fantasía científica, que el periodismo difunde mezclada con noticias probables, posibles, reales según el caso, encuentra un espacio preparado para recibirla, a condición de que no se expulsen de ese

¹⁶ Dice *Crítica* (31 de enero de 1927): "Después de veinte años de intensas e infructuosas investigaciones han logrado producir la vida, valiéndose de una extraña sustancia, la 'cocytin', que produce la generación espontánea de los gérmenes de vida que permanecen en estado latente en el huevo. La 'cocytin', extraída de la sangre de varios animales, tiene el poder de fertilizar y fecundar nuevos individuos del huevo de erizo marino.[...] El doctor Clark en su informe dice: 'Estos animales fecundados químicamente no viven más allá de dos o tres días. Parece que aún falta algo en los medios físico-mecánicos de fecundación para obtener la adecuada fertilización después de que ha empezado a formarse la membrana y cuando el proceso de desarrollo ha comenzado'."

espacio otras creencias anteriores. Los discursos se cruzan y todos parecen reforzarse para hablar de lo mismo.

El milagro y la superchería

Henos aquí ante un personaje extraño. Y van cientos... Acaba de entrar a la redacción después de anunciarse como "Médico Psicológico. Curaciones solares" [...]

—Yo soy alemán, llevo cinco años en la Argentina y recién acabo de llegar de Entre Ríos. En mi país, he hecho estudios de medicina en varias facultades, pero no estoy graduado, no soy un doctorado en medicina [...] Descubrí en mí predisposiciones naturales extraordinarias. Mi espíritu está en íntimo contacto con el espíritu del sol y basta que yo lo desec para que el sol, por mi intermedio, mande sus potentes rayos a la parte afectada del enfermo. de tal modo, siendo yo como soy un radiador de rayos blancos, dorados y violetas, puedo destruir lo que hay de malo en el cuerpo humano. Enfoco a un pulmón afectado por la tuberculosis y el órgano queda transformado.¹⁷

El alemán frasca sus poderes en una mezcla de léxicos trascendentalistas y 'científicos', aprovechando el sonido médico de la palabra 'rayos', y su saber parece el de un curanderismo modernizado; pero también persisten los curanderos de vieja estirpe, que fueron objeto de fuertes campañas periodísticas. En 1923, *Crítica* se ocupa del tema casi cotidianamente y publica datos, direcciones, nombres, interpelando directamente a la policía y acusándola de una sospechosa inmovilidad frente a un campo delictivo en el que convergen también espiritistas, videntes, manosantas, prostitutas y proxenetas. Un caso como el de la librería y juguetería de la calle Oro 2531 ofrece una síntesis de esta multiplicidad de oficios: una "cueva de engaños" que incluyen la pomada D'Adda para el "desarrollo de los senos", el específico Apletonia que combate la calvicie, la venta de reliquias, estampas y yuyos cuyo detalle se publicita en un catálogo que las dueñas del emporio ofrecen enviar por correo a quien lo solicite; otro habitante de la casa, en connivencia con las dos empresarias, opera un negocio que explota a "varias mujeres de mal vivir".¹⁸ Las consultas se pagan, habitualmente, entre 1 y 2 pesos y la publicidad de los manosantas y videntes focaliza sobre un público predominantemente femenino, cuya fidelidad a estas intervenciones no convencionales es tan

¹⁷ *Crítica*, 8 de abril de 1928.

¹⁸ *Crítica*, 2 de marzo de 1923.

sostenida como para que, seis años después de la campaña en su contra, los diarios coincidan en que “la ciudad está minada de curanderas, curanderos y adivinas que explotan la credulidad del pueblo”, divididos en varias categorías según sus técnicas y habilidades: manosantas, hermanos y doctores del Agua Fría, naturalistas, partidarios de los baños calientes, fríos o de vapor, falsos médicos y dentistas instalados en consultorios donde se cobra más barato que en los de los profesionales diplomados, masajistas especializados en gota, ciática, estómago, riñones y enfermedades nerviosas, espiritistas y ‘sonámbulas’ que intervienen sobre el campo psicológico y se especializan en daños de amor.¹⁹

Pero si en un extremo los curanderos remiten a un arte paramédico vinculado con el mundo tradicional, que define sus propias formas de ilusión, creencia, eficacia o estafa, los milagros verdaderamente electrizantes se presentan del lado de la ciencia o, mejor dicho, de lo que puede cubrirse con el discurso científico, recurre a su léxico, se expone en sus escenarios y se organiza según las pautas de la práctica médica. Dos técnicas galvanizan la imaginación y despiertan las esperanzas de miles en la segunda mitad de los años veinte: los injertos de Voronoff y el tratamiento del doctor Asucro.

La primera aplicación argentina del método Voronoff, difundido hasta entonces en un laboratorio francés de cirugía experimental (aunque su inventor es ruso) y de allí por todo el mundo gracias a la avidez de las agencias periodísticas frente a este tipo de noticias, tuvo lugar en abril de 1926. El doctor Ricardo Spurr operó, en el Hospital Piñero, a un joven de diecisiete años que padecía de una atrofia total de las glándulas genitales, acompañada de “facultades mentales rudimentarias”. La intervención consistió en el injerto de glándulas de un mono cinocéfalo; encerrado en una campana de vidrio, en la que se habían practicado varios agujeros por los que se vertió el contenido de ocho ampollas de cloroformo, el mono dormido fue transportado hasta el anfiteatro del hospital, “atestado de médicos y de practicantes” que presenciaron el injerto intraglandular que Spurr realizó sobre el pubis de su paciente, asistido por otros dos cirujanos. Días después, el muchacho injertado que, antes de la operación, “no alcanzaba a precisar lo que había hecho horas antes, recordaba cualquier detalle referente a su persona y, lo que es más notable, sentía sensaciones y fenómenos que jamás había experimentado”. Tres meses después, el afortunado paciente trabaja como jardinero del hospital.

¹⁹ Véase, por ejemplo, *El Mundo*, 21 de diciembre de 1928; el aguafuerte de Arlt sobre “El gremio de las curanderas y santeras”, del 29 de julio del mismo año; y el completísimo informe de *Crítica*, del 21 de enero de 1929.

Spurr está en el centro de la noticia durante semanas, ya que no sólo presenta un supuesto éxito médico, sino que para lograrlo se permitió alterar la mecánica de Voronoff y, en lugar de coser "parte de las glándulas de mono cortadas en trozos muy finos a las glándulas de los operados", realizó el implante de la glándula completa, evitando, con cuidadosas incisiones y suturas, el doloroso post-operatorio de los pacientes del inventor de la técnica, quienes, por otra parte, eran, generalmente, sexagenarios en busca de un terapia de rejuvenecimiento que se entregaban a Voronoff o a sus seguidores en clínicas europeas. De esas mismas clínicas, una de ellas en la ciudad de Viena, comienzan a llegar meses y años después noticias de resultados catastróficos o, en el mejor de los casos, inocuos. Pero otras informaciones, publicadas lado a lado con las anteriores, aseguran éxitos definitivos: y la Asamblea de Médicos de la misma ciudad de Viena escucha el testimonio de los dos primeros beneficiados por el método.

Pese al debate, dos años después de su primera operación, Spurr sigue injertando glándulas, aunque al costo normal de una intervención debe agregarse los 500 pesos que se requieren para hacerse del mono adecuado. Spurr expresa su esperanza de que, en la Argentina, se pongan en marcha criaderos de monos, para que sea posible intervenir no sólo a enfermos sino a los ancianos que, a través del injerto, recuperarían la vitalidad, en especial la potencia sexual, perdida. Hasta el momento, mediados de 1928, sólo el Jardín Zoológico se había preocupado por suministrar los monos indispensables y esta provisión no era ilimitada.

A pesar de que algunos médicos de gran prestigio, como Enrique Dickmann, denuncian cáusticamente la superchería de quienes aplican el injerto Voronoff en Argentina, los diarios populares prefieren seguir el camino que las agencias de noticias abren con sus cables celebrando la presencia de Voronoff en distintos lugares del planeta. Si según Dickmann "algunos aspectos de la medicina moderna se parecen más a la brujería que a la ciencia", también interpelan a la imaginación de manera más eficaz que el cauto escepticismo de este crítico de Voronoff y de Spurr que, como buen socialista, propone para enfrentar el curso irreversible de los años una terapia basada en la abstención de bebidas alcohólicas y los ejercicios físicos. Esta terapia a la americana, como lo señala el mismo Dickmann, carece del poder mágico, instantáneo y mítico de la intervención del doctor Spurr,²⁰ o del suero para rejuvenecer producido por el doctor Josef Franz Kapp a partir de un precipitado de cuero de cerdo inyectado a conejos, a los que, después de catorce días, se

²⁰ Sobre todo el *affaire*, véase: *Crítica*, abril, mayo, agosto de 1926; y marzo, abril y mayo de 1928; *El Mundo*, febrero de 1929.

les extrae la sangre, se la coloca en un recipiente y se la separa en un líquido más claro y otro más oscuro; la sustancia clara es la base de un elixir que, en este caso, remediará las consecuencias de la vejez en las mujeres (cuya anatomía hace imposible el tratamiento Voronoff).²¹

En mayo de 1930, llega a Buenos Aires el otro héroe de esta mitología fáustica que se apodera de los territorios extremos de la ciencia: el médico vasco Fernando Asuero, cuyo método se funda en la cauterización del nervio trigémino, sencilla operación con la que dice curar centenares de enfermedades diferentes. Su llegada provoca una disquisición filosófica, fuertemente crítica del positivismo científico, por parte del diario *El Mundo*:

Para el siglo xx nada es positivo; todo se reduce a un constante investigar y aceptar los hechos sin preocuparse de su origen. Los ingleses, dando un ejemplo significativo, se han lanzado a un estudio serio de los fenómenos del espíritu y de ultratumba para tratar de darle forma científica; pretensión que, sin duda, habrá escandalizado a los comtianos que quedan, y que no creen en otra posibilidad científica que la de las academias. Asuero es, en este sentido, un hombre representativo de nuestro tiempo. Acogió con sonrisa irónica los embates académicos y continuó practicando el método que es indiscutiblemente suyo, a pesar de los antecedentes que quieran encontrársele. Poco interesaba a su espíritu recio de vasco lo que de su sistema dijese la ciencia oficial, mientras los enfermos, ciertos enfermos, encontrasen un alivio en la cauterización del trigémino.²²

Primera oposición: ciencia positivista y nueva ciencia sensible a los fenómenos que el positivismo hubiera descartado de su campo de estudio. Hay más en el mundo físico que lo que captan nuestros sentidos, y los fenómenos mentales, la vida en el más allá, las resurrecciones pueden ser un objeto de estudio tan legítimo como cualquier otro. Segunda oposición: la ciencia viva y desprejuiciada que se enfrenta con la ciencia de las academias, donde se ha refugiado el positivismo decimonónico. Ser moderno, en ciencia, es aceptar la naturaleza a veces intangible, a veces extraña, de fenómenos que se producen aunque todavía no pueda explicarse su origen, en los tradicionales términos causales. La ciencia que se desarrolla fuera de las academias experimenta de modo desprejuiciado y dinámico con los efectos de sus intervenciones: produce curas, aunque no pueda, del todo, explicarlas.

Esta introducción 'epistemológica' a la visita de Asuero a Buenos Aires, es acompañada por otra intervención tanto más valiosa para definir

²¹ *El Mundo*, 15 de mayo de 1928.

²² *El Mundo*, 24 de abril de 1930.

el clima general cuanto que proviene de alguien conocido por su corrosivo escepticismo y su denuncia de las formas habituales del curanderismo local. Roberto Arlt defiende en una de sus aguafuertes el método de Asuero, basado en una oposición a la medicina distante e incrédula de los médicos consagrados en el medio local: esos "nuevos ricos de la ciencia [que] tienen el mismo tupé, el mismo afán de distinciones e igual aire de infalibilidad".²³ Arlt opone el negocio de la medicina oficial a un método que despierta las rivalidades de los practicantes establecidos precisamente porque es barato y también porque su eficacia puede comprobarse de inmediato, impidiendo así los largos tratamientos con los que los médicos entretienen a sus pacientes hasta la muerte. Nuevamente, el sentido de la intervención arltiana apunta al control de un saber académico por parte de aquellos que, despojados de ese saber, forman la tropa de engañados; con el método Asuero, esa tropa retoma el control de su tratamiento, impide el "tráfico con la enfermedad" y corta la fuente de donde provienen los "honorarios-fortunas".

Esta recepción precede las intervenciones de Asuero en Buenos Aires, en abril de 1930, que sorprenden a la prensa y a la comunidad médica o, por lo menos, al sector que lo rodea, tanto en las experiencias hospitalarias como en los innumerables y multitudinarios agasajos mundanos, conferencias, excursiones en yacht por el delta y paseos al hipódromo donde el paddock lo recibe con un cerrado aplauso.²⁴ Como lo prevé la aguafuerte de Arlt, las voces en disidencia o la sombra de la desconfianza proviene de los médicos que reclaman la presentación de los casos exitosos frente a las sociedades científicas correspondientes, porque, ya antes de la llegada de Asuero, algunos médicos porteños aseguraban curas aplicando el toque del trigémino.²⁵

En Buenos Aires, Asuero se coloca en la primera plana de los diarios con una sencilla demostración práctica que no se realiza sobre un enfermo sino sobre un amigo, en presencia de varios médicos argentinos y en el marco del Hotel España:

²³ "Asuero y la medicina", *El Mundo*, 16 de junio de 1930.

²⁴ Las actividades sociales de Asuero en Buenos Aires evocan fuertemente las del desventurado Profesor Landorny de Arturo Cancela, en *Historia funambulesca del profesor Landorny*, publicado en Buenos Aires en 1944, pero cuya acción se ubica a mediados de los años veinte.

²⁵ Véase, por ejemplo, la entrevista al doctor Eduardo Casterán en *El Mundo*, 21 de junio de 1929, cuando toda la prensa local, incluido *El Mundo*, publicaba las noticias de curas excepcionales logradas por Asuero en Europa.

Introdújole el médico vasco tres estiletes: uno en el piso de la fosa nasal hasta la faringe. El segundo estilete lo introdujo hasta tocar el cornete medio y el tercero hasta el cornete inferior. Los efectos preanunciados por el doctor Asuero se produjeron tal como los había enumerado, dándose con ello por terminada la experiencia.²⁶

La mundanidad del escenario, la ausencia de tensión dado que el método no se aplica sobre un enfermo, el programa de visitas que precede y sigue a esta sencilla y limpia experiencia, conforman un marco público bien distinto de la escenografía gris de los hospitales, la especialización estrecha de los médicos diplomados y el dolor o la histeria de los que aspiran a la cura. Asuero promete intervenciones impresionantes pero 'limpias', cuya rapidez es una garantía de eficacia o, por lo menos, una seguridad de que al toque del trigémino no seguirán los días dolorosos de un postoperatorio incierto en sus resultados y en sus consecuencias. *Bon vivant*, tal como lo presentan las crónicas periodísticas, el doctor Asuero ha encontrado un terapia casi teatral por su rapidez y las condiciones de demostración de sus pasos y sus efectos. A través de la prensa (como hoy lo sería a través de los medios audiovisuales) su práctica es accesible a las masas y carece del intermedio sanguinolento del quirófano o de la extensión temporal de los tratamientos convencionales. Pero, al mismo tiempo, es una práctica física, toca el cuerpo y desarma así la incredulidad de aquellos que, como Artt, denuncian las curas a distancia y las intervenciones parapsicológicas; aunque ajeno a la ciencia 'comtiana' (según la frase de *El Mundo*), el método de Asuero cura según formas que recuerdan la intervención médica más convencional: cirugía blanca y rápida que establece un buen pacto con los deseos de salud y la desconfianza hacia la medicina establecida. Hasta los años cincuenta, el recuerdo de Asuero deja su huella en la imaginación colectiva, que todavía veinte años después sigue remitiendo la cura de un imposible a un sencillo toque en el trigémino.

Todo el *affaire* Asuero termina como era previsible y muy rápidamente: a denuncias que llegan desde España, se une el descrédito local cuando los enfermos curados por milagro comienzan a empeorar; uno de sus discípulos tiene la desgracia de que se le muera un paciente, y Asuero (a quien los diarios ahora critican tanto como habían celebrado pocas semanas antes) parte casi en fuga hacia Chapadmalal. Poco después el Departamento de Higiene pide su procesamiento y, en junio, un juez lo cita a declarar. El silencio sigue a estas últimas noticias.²⁷

²⁶ *El Mundo*, 30 de abril de 1930. Sobre la técnica aplicada por Asuero y sus antecedentes, puede consultarse también *Ciencia Popular*, número 12, julio de 1929.

²⁷ Véase *Crítica*, 30 y 31 de mayo, 1, 2, 4, 6 y 10 de junio (la primera plana del diario está dedicada al pedido de proceso), 11 y 14 de junio de 1930.

La parábola de Asuero es bien característica de cómo los diarios masivos procesan el material de sus noticias: la mezcla de información científica actualizada, que incluye una encuesta a la ciencia médica en Argentina, realizada por *Crítica* en 1926,²⁸ alterna con el seguimiento de las curiosidades médicas y, en paralelo, las curas milagrosas. Como sea, tanto Voronoff como Asuero, a los que la expectativa pública rodeó de las maneras más curiosas (una star teatral de esos años, Orfilia Rico, confía tratarse con la terapia del trigémimo), también aparecen hostigados por quienes los denuncian como impostores.²⁹

¿Qué se construye con todo esto? Sobre un espacio dispuesto a la creencia en que todo es posible, se despliega un conjunto de datos probados, probables, insólitos, inverosímiles que, en lugar de anularse, se refuerzan unos a otros. Si los sectores populares siguen acudiendo a los curanderos y videntes, también ellos trasladan su fe a las curas milagrosas de Voronoff o Asuero, y poco pesan los desmentidos y las denuncias frente al deseo de creer que se está a un paso de la panacea universal o del secreto fáustico. Pero la credulidad con que periodistas y público festejan los milagros médicos se alimenta no sólo en el pasado y en el mito. También están los milagros modernos de la tecnología y la ciencia: ambas dimensiones, la del pasado y la del futuro, se mezclan en la imaginación según un régimen que no admite separaciones cortantes, sino un *continuum* en donde la fuerza de lo nuevo que ya ha sido comprobado sostiene la creencia en la posibilidad de lo imposible: los deseos de juventud, salud y vida eterna encuentran un curioso estímulo, cuya ironía escapaba a quienes los experimentaban, en la realidad del progreso científico.

²⁸ La encuesta comienza el 19 de abril con la respuesta de Houssay, a la que siguen, entre el 20 de abril y el 7 de mayo, las de Héctor Dasso, Angel Roffo, Antonio Agudo Avila, Joaquín Llambías, Julio Iribarne, Francisco Rophille, Abel Zubizarreta, Nerio Rojas, Avelino Gutiérrez, Pedro Escudero, Gerónimo Bosch Arana y Juan José Viton. En 1929, *Crítica* realiza otra encuesta, más focalizada desde el punto de vista temático, sobre "Hasta dónde puede la ciencia experimentar en los enfermos", donde se entrevista a médicos igualmente prestigiosos: Angel Roffo, Joaquín Llambías, Nerio Rojas, Carlos Cometto, Guillermo Bosco, Alfredo Lanari, Elbio Fernández, Salvador Mazza, Osvaldo Loudet, entre otros.

²⁹ Véase, por ejemplo: "Histerismo, anormalismo, curandería, dicen de la asueroterapia tres maestros españoles. Unamuno, Marañón y Tapia convienen en que es un producto de la situación anormal de España durante el régimen dictatorial" (20 de mayo de 1930); "Avelino Gutiérrez, ilustre médico español, condena enérgicamente el caso Asuero" (23 de mayo de 1930); "Maestros médicos argentinos hablan del método Asuero. No quieren molestarse en combatir lo que morirá automáticamente. Es un sencillo procedimiento de sugestión" (28 de mayo de 1930); "Son numerosos los enfermos 'curades' por el método Asuero que se han reagravado" (29 de mayo de 1930).

ÍNDICE

| | |
|------------------------------------------------------------------|-----|
| Agradecimientos | 7 |
| Introducción | 9 |
| I. Letras | |
| Horacio Quiroga y la hipótesis técnico-científica | 21 |
| Arlt: la técnica en la ciudad | 43 |
| Divulgación periodística y ciencia popular | 65 |
| II. Historias | |
| Inventores: tecnología y fabulación | 87 |
| La radio, el cine, la televisión: comunicación a distancia | 109 |
| Médicos, curanderos y videntes | 135 |